

BOLSILIBROS
BRUGUERA
●
SERIE
**PUNTO
ROJO**

el color del miedo

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

EL COLOR DEL MIEDO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 430

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 21.130 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1970

© SILVER KANE, 1970
sobre la parte literaria

© MANUEL BREA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.176. — El sargento.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.039. — El laberinto
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
629. — Buscado por asesino
- En Colección BÚFALO:
867. — Canción para un asesino.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
491. — El último tren de Pittsburg.
- En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
709. — Un millón para morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
411. — El hijo de la loba.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
131. — La última aventura de Johnny Klem.
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
27. — Eran cuatro pistoleros.

CAPÍTULO PRIMERO

El técnico preguntó extrañado:

—¿No habrá circuito de televisión?

—No —dijo el coronel Wolsey.

—¿Pero por qué? En todas las naves de esa clase hay un circuito de televisión. ¿Qué le voy a explicar? Hace falta controlar a los astronautas desde abajo. Hace falta seguir sus movimientos con la cámara, y al mismo tiempo luego se puede enviar un programa para todo el mundo. Es la costumbre.

Wolsey masculloó secamente:

—Nada de costumbres. Se trata de un vuelo experimental, un vuelo que puede fracasar. Es una nave distinta, con la que pretendemos ensayar una órbita absolutamente original. No pretendemos hacer de esto un espectáculo, como cuando los primeros hombres llegaron a la luna. Es un puro ensayo científico, y por lo tanto... ¡nada de televisión! ¡Nada de exhibiciones para que luego la gente se distraiga en su casa!

El técnico comprendió.

Miró la pequeña nave situada ya en su rampa de lanzamiento, mientras arriba, en el firmamento, brillaban millones de estrellas.

—Lo entiendo —dijo—, pero la razón no es la que usted dice, sino otra más sencilla. La razón es que las ondas de televisión podrían ser captadas por cualquier otra potencia, que así sabría lo ocurrido en el interior de la cámara. Si se trata de un vuelo secreto, me hago cargo de que deben tomarse todas las precauciones.

Wolsey dijo:

—Sólo unas pocas personas conocen el destino de esa astronave. Y entre esas personas figura usted a partir de este momento, pues ya debe subir a la nave a controlar los aparatos y se dará cuenta de muchas cosas que de otro modo no entendería. Ya le he dicho que se trata de ensayar una órbita original. Esa órbita debe, algún día,

perfeccionarse y llevarnos hasta Venus.

El técnico lanzó un silbido.

Era un ingeniero que había servido largos años en Cabo Kennedy. Había visto muchas maravillas y también muchos fracasos. Podía no asombrarse ya de nada, pero sin embargo, había cosas que le asombraban aún. Por ejemplo, el que ya se hablara de llegar a Venus sin haber analizado antes, con mucho mayor detenimiento, la atmósfera del planeta.

—Demasiadas aventuras —masculló—. En fin, allá ustedes. Me parece que no se han tomado las precauciones indispensables. Si esto fracasa, no será culpa mía.

—Todos los ensayos son peligrosos —afirmó el coronel Wolsey—. Especialmente los ensayos secretos, porque al tener que hacer las cosas sin que nadie las advierta, es posible que se olvide algún detalle. Pero todo saldrá bien. Estoy seguro de que todo saldrá perfectamente bien. Los rusos se quedarán con un palmo de narices cuando sepan lo que hemos conseguido.

Y miró la astronave.

Diríase que la miraba con orgullo, como si la hubiera construido él mismo, aún cuando en realidad sólo era uno de los más altos encargados de la seguridad exterior.

La astronave era mucho más ligera que las otras de su especie. La aleación de que estaba construida representaba una auténtica revolución en el campo de los metales. El combustible sólido que iba a ser ensayado también era nuevo. Todo eso representaba menos peso, menos tamaño y, por descontado, más movilidad en el espacio.

Dijo con voz suave:

—Todo saldrá bien. Estoy seguro de que saldrá bien. Será un maravilloso éxito.

—Lástima que, por ser un ensayo secreto, no podamos pregonarlo luego a los cuatro vientos, ¿verdad?

—Sí. Lástima.

—¿Cuándo se producirá el lanzamiento?

—Mañana.

—¿Y los astronautas? ¿Quiénes son?

—Ello no le incumbe —dijo Wolsey—. Pero ya están preparados. Estarán en el espacio sólo dos días y luego no necesitarán la

cuarentena.

Puso un cigarrillo entre sus labios, sin dejar de mirar a la astronave, y dijo con un suspiro de placer:

—Mañana...

«Mañana» iba a ser el principio de algo fantasmal, de algo que sólo muy pocas personas llegarían a creer en el mundo. Pero eso pertenecía al futuro y el futuro nadie puede desentrañarlo. Por eso Wolsey miró orgulloso a la astronave modelo mientras se limitaba a repetir:

—Mañana...

CAPÍTULO II

No, decididamente, aquello no podía ser.

Resultaba imposible.

Donald encendió un nuevo cigarrillo y miró frente a él, a través de las volutas de humo, mientras decía lo que pensaba:

—Es imposible.

—¿Por qué? —preguntó ella.

«Ella» era la mujer más extraordinaria que Donald recordaba haber visto en todos los días de su vida.

Una de esas mujeres tan bonitas que hasta fastidia que existan, porque le dejan a uno triste y pasmado al pensar que no le hacen caso y van a ser para otro.

Pero ésta sí que le hacía caso a Donald; estaba junto a él y le sonreía. Había cruzado las piernas en su obsequio con cierto cuidadísimo descuido. Mostraba unas rodillas adornadas por medias de la mejor calidad y balanceaba su pierna derecha para que él se diera cuenta de que llevaba unos zapatos pequeños de altísimo tacón, sobre los cuales parecía imposible que se sostuviera. Lucía un vestido gris de punto bastante ceñido, vestido que sólo servía para demostrar que su dueña tenía de todo y que era una de las mujeres que hacen que se derrumbe la sala si llegan a aparecer en la pantalla de un cinerama.

Por eso Donald no podía creerlo.

—¿Cuál dices que es tu oficio?

Y ella respondió sencillamente:

—Embalsamadora de cadáveres.

Donald estuvo a punto de tragarse el cigarrillo. Pareció como si el humo se le clavara en la garganta.

—No puedo creerlo.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado bonita para eso.

—¿Y qué tiene que ver? ¿Es que hay que tener una cara especial para cada oficio?

—No, pero...

—Según tu teoría, todas las mujeres que tienen una profesión científica deberían ser feas y todas las que se dedican, por ejemplo, a vender perfumes, deberían ser guapas. Tú sabes que no es cierto.

—Pero es que... embalsamar cadáveres no es una profesión científica.

Ella permitió que en sus labios se dibujara un mohín de disgusto.

—¿Quién ha dicho que no lo es?

—No puedo afirmarlo con seguridad, pero ésta es la idea que yo tenía hasta ahora.

—Estabas equivocado.

—¿Dónde estudiaste esa profesión?

—En El Cairo.

—¿Acaso intentabas desentrañar los secretos de las momias egipcias? ¿Querías descubrir la fórmula con que los antiguos conservaban sus cadáveres?

—Hay momias como la de Ramsés II, que tienen más de tres mil años de antigüedad y que se conservan maravillosamente intactas —dijo ella.

—Sí, pero eso no tiene ninguna gracia.

—¿Por qué no? Es como prolongar la vida.

—Esa clase de vida no me gusta nada.

—Veo que careces de imaginación.

—Por el contrario, tengo demasiada. Y precisamente por ello te imagino a ti junto a un cadáver. Y pienso que estás perdiendo el tiempo. Y el muerto, no digamos.

Ella hizo otro mohín con los labios.

—¿Crees que también lo perdió mi padre?

—¿Quién era tu padre?

—El egiptólogo Monsen.

—Recuerdo ese nombre. Incluso leí, hace años, alguno de sus libros. Sí, ahora puedo precisar. El que escribisteis en colaboración.

—El libro se titulaba —dijo la mujer, con voz grave—. *Cuando vivían los muertos*.

—Nunca sospeché que fuera a encontrarme con una mujer tan guapa y al mismo tiempo con una personalidad tan acreditada —rió

Donald—. Ésta es mi noche de suerte.

Lorna Monsen descruzó las piernas.

—Ahora eres tú el que estás perdiendo el tiempo.

—No pretendo nada. Te he traído aquí después del accidente sólo para que reacciones un poco.

—Y te lo agradezco.

Ésta era la rápida conversación que estaban sosteniendo Donald Kelsen y Lorna Monsen cuando sonó aquel silbido alucinante, aquella especie de espantoso alarido, encima de la casa.

El camarero que se acercaba con una bandeja y varias copas, dejó que todo se desplomara por tierra. Las copas se rompieron. Su ruido cristalino se vio apagado por aquella especie de grito ululante que parecía llenar el aire.

No era un grito producido por una garganta humana, aunque en cierto modo lo parecía. Era un sonido a la vez metálico y ronco, un ruido sideral, como si la atmósfera entera se hubiese puesto a temblar de repente.

Luego, aquel sonido cesó, apagándose casi con la misma rapidez con que había empezado.

Todos los cristales vibraban aún. Los clientes del parador estaban atónitos y sus caras habían palidecido. Hasta que el camarero se atrevió a respirar con calma y a mirar los restos de las copas rotas a sus pies, transcurrió casi un minuto.

Lorna miró al hombre que estaba junto a ella.

—¿Qué ha sido eso?

—Ha dado la sensación de un cohete espacial que estuviese cayendo a tierra.

—Pero no se ha oído ninguna explosión. Caso de haberse estrellado cerca de aquí, el estampido hubiera sido terrible.

—Puede haber pasado a baja altura sobre este lugar e ir a estrellarse muy lejos. Incluso es posible que luego haya ganado altitud después de penetrar en estas capas bajas de atmósfera. Pero lo más fácil es que haya terminado por desintegrarse, según cual fuera su velocidad.

Lorna estaba pálida. Y Donald se preguntó cómo es posible que una mujer que se pasaba la vida entre cadáveres pudiese sentir miedo a aquello.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás impresionada?

—No. Ha sido tan sólo una violenta sorpresa.

El camarero estaba recogiendo los restos de las copas. Sus manos temblaban aún. Muchos de los clientes del parador no se atrevían ahora a salir fuera y a mirar el cielo negro de la noche, como si aquel sonido escalofriante hubiera dejado tras de sí alguna estela de luz.

—No, no se preparan cohetes para baja altura —dijo pensativamente Donald—. Al menos públicamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que en el viejo Cabo Cañaveral o en otro sitio distinto, pueden haber sido preparados, dentro del mayor secreto. Aunque resulta extraño. Cabo Kennedy es como el escenario de una opereta bufa donde todo el mundo sabe lo que ocurre, y así vienen algunos fracasos.

—Pareces muy enterado de todo eso.

—Soy técnico en proyectiles teledirigidos y estoy adscrito a los servicios de vigilancia de las bases aéreas experimentales.

Lorna Monsen le miró con curiosidad.

—Vaya, veo que eres un hombre importante. Ahora va a resultar que soy yo la que he dado con su noche de suerte.

—Soy un tipo insignificante que lleva su revólver calibre 38, como otros llevan su regla de cálculo o su pluma.

—Pero eres técnico en proyectiles. He aquí una profesión mucho más técnica —lanzó una carcajada— y mucho más científica que la mía. ¿Con quién la aprendiste?

—Últimamente con Werner von Braun.

—Werner von Braun, pese a su juventud, fue uno de los creadores de las

V-2

alemanas y actualmente se halla al servicio de Estados Unidos —dijo Lorna Monsen, mientras se ponía repentinamente seria, como si respetara aquel nombre. Luego se echó a reír.

—¿Y qué haces tan lejos de Cabo Kennedy?

—Hace más de cuatro meses que no me encuentro de servicio allí.

—¿Dónde entonces?

—En San Diego.

—San Diego está muy lejos de aquí.

Donald encendió otro cigarrillo y dijo pensativamente, mientras exhalaba una bocanada de humo:

—Sí, está muy lejos.

—¿Y qué haces en esta zona?

—¡Bah! ¿Qué importa eso?

Lorna le miró escrutadoramente.

—Nunca me han gustado del todo los agentes secretos. Están llenos de misterio.

—¿Misterio? ¿Por qué? Mi presencia aquí es lo más natural del mundo. Suponte que estoy de vacaciones.

—Eso no es cierto.

Donald rió sin ganas. Pensó otra vez que aquella mujer era demasiado bonita. Demasiado...

—¿Serías tú capaz de decirme lo que haces aquí? —preguntó a su vez—. Estoy seguro de que no me lo dirías.

—¿Y por qué no?

El no sentía gran curiosidad por saber lo que una mujer como Lorna Monsen estaría haciendo en aquel lugar de la costa atlántica. Las mujeres como Lorna no tienen que dar explicaciones a nadie. Existen porque sí, porque sin ellas el mundo sería imposible, probablemente. Y no hay que preguntarles demasiado por los motivos de su existencia.

No obstante, ella parecía en vena de dar explicaciones aquella noche.

—Estoy dispuesta a decírtelo —aseguró—. ¿Por qué no me preguntas qué estoy haciendo aquí?

—Muy bien, te lo preguntaré. —Donald no tenía ganas de hablar, de todos modos, sino tan sólo de mirarla—. ¿Qué haces en este rincón de la costa atlántica?

Y Lorna Monsen respondió tranquilamente:

—Transporto un cadáver.

Ahora todo era silencio en el parador. La mayor parte de los clientes estaban fuera, haciendo comentarios, pero el rumor de sus conversaciones no llegaba a la sala a través de las puertas. El camarero había terminado ya de recoger el resto del cristal. De vez en cuando, en la barra situada a unos quince pasos de distancia tintineaba una copa.

—¿Un cadáver? —preguntó Donald.

—Sí, lo recogí en Filadelfia y lo llevo hasta Nueva York.

Otra vez el humo del cigarrillo se clavaba en la garganta de Donald. Otra vez tenía que hacer esfuerzos para que sus dedos no traslucieran el principio de nerviosismo que sentía.

—Cuando hemos tenido el choque no he notado que transportaras ningún cadáver —dijo, sin embargo, en voz baja.

—Yo llevo una furgoneta «Mercury». ¿Te has fijado en la parte posterior?

—No, desde luego.

—Allí va un ataúd con un cadáver.

—¿Embalsamado?

—Por supuesto.

—¿Y qué tienes que hacer con él?

—Entregarlo a sus familiares.

Donald tragó el humo como el que traga una dosis de gas sulfúrico. Estuvo a punto de toser.

—Condenada profesión la tuya —dijo por todo comentario.

—Todas lo son.

—No trato de negarlo. ¿Quieres que salgamos fuera? Es posible que los coches ya estén preparados.

—Bien.

Donald dejó sobre la mesa el importe que marcaba la nota, tomó desenfadadamente por el brazo a la muchacha, a pesar de que una hora antes no la conocía, y se encaminaron juntos hacia la parte exterior.

Un mecánico vestido con pantalones azules y cazadora de cuero entraba en este momento. Les saludó al verles con un movimiento de su brazo, deteniéndose ante ellos.

—Ha habido suerte —dijo—. Los frenos del «Mercury» ya están arreglados. Sólo había que tensar el pedal y engrasarlo. Por cierto, ¿es suyo el «Mercury», señorita Monsen?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo he visto en la placa del automóvil.

—En efecto, es mío.

—Perdone, pero me ha llamado la atención lo que lleva detrás. Es un ataúd.

—Sí, un ataúd —dijo secamente Lorna—. ¿Es que quiere ver los permisos para el traslado?

—¡Oh, no! Y perdone. Ése no es asunto de mi incumbencia.

—¿Podemos reemprender el viaje? —preguntó Donald.

—Por supuesto. Dentro de tres horas, si lo desean, estarán en Nueva York. Las carreteras están menos frecuentadas que de costumbre en este fin de semana.

—¿No será por esa especie de aerolito que antes ha pasado zumbando?

—No lo tome a broma. Es posible que mucha gente que pensaba salir se quede en su casa por ese motivo. Hay muchos individuos que están impresionados por los programas futuristas y terroríficos de la televisión. Bueno, no les entretengo más. Son veinticinco dólares.

Donald fue a pagar, pero Lorna no lo consintió.

—La reparación corre de mi cuenta. Yo estaba detenida con los frenos averiados en aquella curva cuando la has tomado tú y me has abollado, sin poder frenar del todo, el parachoques posterior del «Mercury». Si no llegas tú a remolcarme y a buscar un mecánico, todavía estoy allí. Debería incluso pagarte la abolladura.

—No tiene la menor importancia.

Ella había pagado ya los veinticinco dólares. El mecánico les dio las gracias y los vio marchar mientras se alejaban hacia la puerta, cogidos del brazo. Notó que aquel hombre tenía desenvoltura. Era de los que hacen suya a una mujer en cinco minutos. Smith sintió envidia de él.

Donald y Lorna salieron al exterior bajo la capa inmensa de la noche.

A pesar de que ya no había ningún ruido en el aire, algunos curiosos recién salidos del parador escrutaban el cielo. Los potentes faros de un «Nash» estaban infantilmente encendidos y hurgaban en la oscuridad de la noche.

Todo inútil, ridículo. Aquel bólido, cohete o aerolito o lo que fuese, habría pasado ya sobre Nueva York y estaría en estos momentos a una enorme distancia.

Lorna susurró:

—Ha sido una suerte encontrarte.

—¿Lo dices sólo porque he podido remolcarte hasta aquí?

—Tu compañía ha sido muy grata.

Donald la miró a los ojos.

Estaban los dos prácticamente solos en una zona de tinieblas. Nadie los miraba.

—No tenías que haberme dicho esto —musitó.

Ella, con los labios entreabiertos, repitió:

—Tu compañía ha sido muy grata.

Los movimientos de Donald fueron violentos, como era costumbre en él cuando una mujer le volvía loco. Estrechó a Lorna entre sus brazos y la besó.

Lorna no se resistió.

Lo único que hizo fue decir:

—Más.

El la besó otra vez.

Y hubieran estado así hasta el día de las trompetas del juicio de no haber advertido los dos que el «Nash» hacía maniobra y que sus focos iban a iluminarlos de un momento a otro.

Se separaron.

—Eres la mujer más bonita que he conocido —susurró Donald apasionadamente—. La más...

—¿Crees que ese lenguaje es propio de un hombre que hace cálculos acerca de las estrellas? —preguntó burlonamente Lorna.

—Ninguna estrella tiene tu maldito brillo.

Lorna rió. Su risa estaba llena de cadencias. Pero al mismo tiempo era burlona, dura, un poco insultante.

—¿Vas a decirme ahora qué haces en esta zona, tan cerca de Nueva York? —preguntó cuando se hubieron extinguido los ecos de su risa.

Donald musitó:

—Te lo diré.

Los faros del «Nash» se habían desviado de nuevo. Los dos se sentían solos otra vez.

Donald la besó de nuevo.

Y le confesó el objeto de su viaje.

Lo dijo sencillamente:

—Voy a casarme con otra mujer.

A las damiselas no hay quien las entienda. Lorna, que estaba respondiendo con pasión a su abrazo, se apartó de repente y le propinó dos bofetadas, apenas hubo oído aquello de que iba a casarse con otra mujer.

—Excelente costumbre de pegar de vez en cuando —gruñó Donald—. ¿Pero a qué viene todo esto ahora?

—Eres un miserable.

—¿Porque me gustas a pesar de que voy a casarme con otra mujer?

—¿No es motivo suficiente?

Donald se encogió levemente de hombros.

—El mío es un matrimonio obligado.

—¡Ah! Excelente perspectiva. Es lo único que me faltaba saber de ti. De modo que te casas por dinero.

—No.

—Entonces...

—Para uno de mis próximos trabajos necesito aparecer como un hombre casado. Naturalmente, no puedo entrar ahora en detalles sobre esto, pero así es. Y por eso voy a casarme con una prima mía. Una muchacha que está enferma, pero que es extraordinariamente bonita.

—Eres el cínico más grande que he conocido en toda mi vida —farfulló Lorna con dificultad.

El la sujetó por los hombros un poco rudamente.

—Esa muchacha está enamorada de mí desde que éramos unos niños. ¿Hay algo de malo en que nos casemos ahora?

—Sí. Que tú no la quieres.

—Nadie ha dicho que no la quiera. Es una mujer atractiva, sencilla y buena. Todo aquél que la haya conocido tiene que quererla por fuerza.

—Pero me has besado...

—Todo aquél que te haya conocido a ti tiene que besarte por fuerza.

Donald creyó que ella iba a golpearle otra vez, a juzgar por el brillo peligroso de sus ojos. Pero Lorna se contuvo en el último instante. Sus ojos perdieron brillo y llegaron a adquirir una expresión triste y hasta un poco cansada.

—De modo que yo soy sólo una mujer que sirve para ser besada.

—No es eso exactamente. Eres una mujer que apasiona. Tienes ese defecto.

—Repito que nunca he conocido a un hombre tan cínico como tú.

—Claro. Como todos los hombres que has conocido estaban muertos.

Ella apretó los labios con una mueca de furor.

—No sé si echarme a reír o a llorar después de tus palabras. No sé cómo tomarte, Donald Kelsen. Lo único que puedo decir es que lamento haberte conocido.

—No debieras tomar las cosas así. Seguro que a otros muchos hombres les gustas tanto como a mí.

—Por supuesto.

—En tal caso, acepta mis palabras como un homenaje. Puede que yo no sea tan mala persona como parezco a primera vista. ¿Sigues viaje a Nueva York ahora que tienes el coche reparado?

—Necesito llegar allí cuanto antes.

—¿Te molesta que te siga a unas cien yardas de distancia? Yo voy al mismo sitio y así podré ayudarte si te ocurre algo en el camino. No puedes ir muy segura con unos frenos que acaban de sufrir una reparación de urgencia.

Ella se encogió de hombros.

Caminaron hacia el aparcamiento del parador, donde estaban situados los dos automóviles.

El de Lorna Monsen era una furgoneta «Mercury» pintada de rojo y que tenía que llamar poderosamente la atención en cualquier sitio que se la viese. El coche de Donald, por el contrario, era un pequeño «Moscovitch», el coche ruso de cuatro plazas, que junto al «Wolkswagen» alemán estaba dominando poco a poco el mercado norteamericano.

Donald se fijó entonces en la parte posterior de la furgoneta, cuyos cristales estaban casi completamente cubiertos por unas cortinas.

Dentro había un ataúd, en efecto. Un ataúd con los colores del arco iris y cuatro asas de metal dorado cuidadosamente grabadas. Donald arqueó las cejas un momento, hizo luego un gesto de resignación y por fin miró fijamente a Lorna Monsen.

Lorna le miraba también.

—Vas a decirme otra vez que la mía es una condenada profesión, ¿no?

—Eso estaba pensando.

—Pues olvídate de ello. Tú habrás tenido que quitar más de una

vez la vida a los vivos. Yo, en cambio, trato de conservar una apariencia de vida en los muertos. Pero más vale que dejemos eso ahora.

—Sí, más vale.

Lorna seguía mirándole fijamente. Seguía mirándole de una forma que a Donald le pareció obsesionante.

—Háblame de ella —pidió Lorna de repente.

—¿De ella? ¿Por qué?

—Le tengo envidia.

Y pareció como si sus ojos quisieran retener igual que en una fotografía la sólida arquitectura del cuerpo de Donald Kelsen, la fortaleza de sus hombros y la amplitud de su pecho, la dureza metálica de sus ojos grises, los cabellos semirubios que el viento de la noche hacía oscilar. Donald se notó observado con tanto detalle, que hasta sintió una especie de rubor. Dijo secamente a la mujer:

—Ella es rubia, con el color de la piel algo pálido y parece una niña. Cierta vez interpretó en el teatro el papel de «Gigi», es decir, el de la belleza joven y melancólica. Tuvo un gran éxito, porque ella es así: joven, melancólica y dulce. Cualquier hombre tendría que sentirse feliz, forzosamente, a su lado.

—Pero tú no la quieres.

—Ella no sabe que yo me caso para cumplir un deber —dijo Donald, contestando a la sugerencia de un modo indirecto.

—¿Y cuando se dé cuenta de eso?

—No lo sabrá nunca —contestó Donald con cierta brusquedad—. Porque el amor es muy complicado y tiene muchas facetas, Lorna. Ella será siempre para mí la muchacha que jugaba conmigo cuando éramos niños. La que más lleno los días de mi infancia. Estos recuerdos también llegarán a convertirse en amor.

Lorna abrió la portezuela del «Mercury».

—Marchemos —susurró.

Se sentó al volante, tiró del *demarré* y puso el motor en marcha. Arrancó nerviosamente y en segunda, tomando enseguida gran velocidad. Donald tuvo que sacarle toda la furia posible a su pequeño «Moscovitch» para lograr ver en la autopista, al cabo de media hora, las luces piloto del «Mercury».

A una distancia de cien o ciento cincuenta yardas, los dos automóviles rodaron hasta los suburbios de Nueva York.

Allí Lorna se detuvo.

Donald frenó tras ella y vio que la joven descendía con un estudiado revuelo de faldas. Lorna era una mujer de la cual parecía desprenderse un aliento vital, embrujador, desbordante. La belleza y el amor parecían estar en ella a flor de piel, esperando que alguien los recogiera.

Donald estrechó su mano, mirándola al fondo de los ojos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Entregar ese cadáver cuanto antes.

—Comprendo que quieras deshacerte de él.

—Es mi cochino oficio —dijo ella, recalcando las palabras.

—Perdona, no he querido referirme a eso.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Verla a ella.

—Son ya las doce de la noche.

—Pero sabe que voy a llegar. Está con unos parientes lejanos suyos y no se acostarán hasta que yo vaya.

—Te deseo mucha suerte, Donald. Supongo que volveremos a vernos.

—El destino tiene mil caras. Hoy nos ha unido casualmente. Igual nos unirá otro día.

—Entonces, dejémonos en manos del destino. Adiós, Donald Kelsen.

—Adiós, Lorna.

Ella volvió a subir al «Mercury» y arrancó. Donald siguió con su «Moscovitch» la misma dirección durante un buen trecho, como si fuesen al mismo sitio. Al fin notó que su pequeño tanque estaba a punto de quedarse sin una sola gota de gasolina. Se detuvo en una estación de servicio y perdió de vista el automóvil de Lorna, como ya varias veces lo había perdido durante el trayecto, cuando a él le detenían unas luces de tráfico que ella había logrado pasar.

Se encogió de hombros.

Adiós a la mujer más bonita que había visto en su vida.

Sabía que el Destino nunca los volvería a enfrentar. En Nueva York habían doce millones de habitantes y en Estados Unidos casi doscientos millones. Una mujer y un hombre eran allí como semillas transportadas por el viento.

Vio cómo le llenaban el tanque de esencia. Pagó, intentó

arrancar y el coche no funcionó.

—Ha debido desconectarse la salida de la batería —gruñó—. No funcionan ni los indicadores. No es un borne suelto. Es algo más.

—Podemos reparárselo aquí —dijo el de la estación—. ¿Quiere llevarse entretanto otro coche?

—No hace falta que se moleste. Me parece que podemos arreglarlo en un cuarto de hora.

Donald estuvo más de media hora manipulando en los bornes de la batería, hasta que al fin el «Moscovitch» funcionó perfectamente.

Luego, pagó y se marchó.

Era muy tarde ya.

—¿Dónde estaría Lorna?

No tenía que pensar en ninguna mujer. No tema más que pensar en Emily, la que iba a ser su esposa. Éste era, al fin y al cabo, su deber.

Las luces de tráfico aún funcionaban con toda regularidad a aquella hora. Había docenas y docenas de coches en cada encrucijada de las arterias de Brooklin, y el paso por Times Square le resultó costosísimo. Logró enfilarse al fin la recta de Lennox Avenue.

En una de las últimas luces de tráfico —quizá la última que le faltaba para llegar a su destino— extrajo la cartera y contempló mientras aguardaba la fotografía de Emily que iba en el interior.

La había descrito bien. Emily era rubia, algo pálida, dulce. Se parecía a Danielle Delorme cuando ésta encamó por primera vez a «Gigi», en 1949, para el cine francés. Era una mujer extraña, casi inquietante que parecía tener un secreto detrás de los ojos. Donald, que la conocía desde sus días de niño, pensó que nunca había logrado desvelar ese secreto. ¿Lo desvelaría ahora tal vez?

Emily estaba enferma; quizá no viviría muchos años. Donald Kelsen se hizo un firme propósito: «Mientras los dos vivamos trataré de hacerla feliz».

La luz roja cambió a anaranjada y a verde.

Lennox Avenue.

Donald la conocía bien porque Emily vivió en ella muchos años. Era la parte más entrañable, más conocida de Su Nueva York natal. Condujo a poca velocidad como si intentara verlo todo y repasar poco a poco sus recuerdos.

Frente al edificio que buscaba había aparcados docenas y docenas de coches enormes parecidos a portaviones. Quedaba justo un pequeño espacio donde Donald logró aparcar su «Moscovitch» después de dos hábiles maniobras. Hecho esto, cerró el contacto, tomó la maleta de mano que era su único equipaje y saltó a la acera.

El edificio frente al cual estaba tenía solo once pisos, pero parecía más alto por el tintineo incesante de los anuncios luminosos de la fachada. Donald lo contempló desde abajo. Sabía que después de que atravesase aquel umbral todo iba a ser distinto. Se convertiría en un hombre casado e iría a vivir a una pequeña ciudad cercana a Boston, entre un ambiente consabido, puritano y triste, siendo en apariencia un respetable burgués de esos que sólo aspiraba a ver prosperar sus negocios. Pero en la realidad todo iba a ser muy distinto.

Llevaría el calibre 38 como en los peores días de lucha. Porque en la pequeña ciudad cercana a Boston se libraría tarde o temprano una batalla mortal.

Pero la pálida y dulce Emily, ¿qué sabría de esto?

La expresión de los ojos de Donald cambió y se dulcificó sin que él lo advirtiese.

Haría feliz a Emily.

Tomó el ascensor y subió al octavo piso. Había allí seis puertas y no dejó de extrañarle que la de Emily estuviese abierta. La empujó suavemente y entró.

En el departamento no parecía haber nadie.

Las luces de las habitaciones estaban veladas. Tenían un aspecto mortuorio y siniestro.

Donald Kelsen entró por fin en la habitación que sabía era de Emily.

Ella estaba allí.

La habían embalsamado maravillosamente. Tenía las facciones puras, serenas, limpias, como si sobre ellas flotase aún un soplo de vida. Y su cuerpo, que había sido preparado por finas manos de mujer, seguía siendo hermoso. Había incluso en su garganta una línea suave, fina y mórbida. Parecía enteramente como si viviese.

Donald Kelsen recordó inevitablemente el título del libro que Lorna Monsen escribiera en colaboración con su padre. *Cuando*

vivían los muertos.

Casi no necesitó mirar el ataúd, con los colores del arco iris. Ni las cuatro asas cuidadosamente labradas en metal dorado. Porque habría hecho falta no tener ojos para no reconocer el ataúd que Lorna transportaba en su maravilloso «Mercury» color sangre.

CAPÍTULO III

Sandor encendió un cigarrillo, le dio dos chupadas nerviosas, casi dos mordiscos, y terminó arrojándolo contra el cenicero más próximo. No hizo puntería y el cigarrillo fue a terminar de consumirse sobre una gruesa carpeta.

Luego gruñó:

—Me alegra que hayas venido tan pronto, Donald.

—Ojalá te mueras.

—No hace falta que te pongas así, hombre. Te hemos llamado para un asunto de servicio. Si estás apesadumbrado o triste por algún asunto particular, te fastidias y te lo comes.

Donald le arrojó a la cara el cigarrillo encendido que estaba sobre la carpeta. Sandor recibió ceniza candente en un ojo, lanzó un grito y se encogió, mientras soltaba salvajes maldiciones y se frotaba desesperadamente los párpados.

—Éste también es un motivo particular —silbó Donald—. Te lo comes.

Sandor, un verdadero coloso, fue a arrojarse sobre él. Donald se puso en pie y preparó sus puños dispuesto a machacarle sin compasión en cuanto se le acercara. Le mataría de un golpe en la nuca, si Sandor se le ponía a tiro. Pero en aquel momento la puerta se abrió de golpe y los dos detuvieron sus movimientos al ver recortarse en el umbral la delgada figura del coronel Wolsey, jefe del servicio.

El coronel los miró a los dos. Había una especie de rictus en su boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada, coronel —gruñó Sandor—. Kelsen está de mal humor porque han asesinado a su novia.

Wolsey se sentó al revés en una silla y apoyó ambos brazos, cruzados, en el respaldo.

—Me he enterado de eso, Kelsen.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos.

—Emily fue asesinada anteayer.

—Lo sé también y me he enterado de que el FBI toma cartas en el asunto. Pero nosotros no somos el FBI, Kelsen. No podemos intervenir en esta cuestión.

—Explíquese mejor.

—Nosotros estamos adscritos al servicio de vigilancia de las bases de proyectiles. Todas las misiones que nos encomiendan están relacionadas, de cerca o de lejos, con la existencia de esas bases. Los asesinatos no nos incumben, a menos que se realicen en el espacio.

Donald escupió, ostensiblemente, en la escupidera que había a los pies de la mesa.

—Si a ustedes no les importa un asesinato, a mí sí —dijo a continuación—. Esa mujer, Emily, iba a casarse conmigo, mañana por la mañana. Y, aunque ahora ese matrimonio es imposible, pienso emplear para mí los quince días de licencia que me tenían concedidos. Vengo a comunicárselo.

—¿Para qué quiere esos quince días ahora?

—Para descubrir a los asesinos de esa mujer.

—Lo dice como si eso fuera fácil —musitó Wolsey.

—Tengo ya algunas sospechas.

—¿Sobre quién?

—Sobre la mujer que embalsamó y condujo el cadáver. Sobre una bonita damisela que conducía una furgoneta. «Mercury» color sangre.

—¿Dónde la conoció?

Donald, con breves palabras, explicó al coronel su encuentro con Lorna Monsen. El vehículo detenido en la curva de la carretera, porque su propietaria intentaba ajustar los frenos. El leve choque. La búsqueda de un mecánico y luego la espera en el parador. Su conversación. Lo único que no dijo fue lo de los besos.

Wolsey le escuchaba reflexivamente.

—¿Sabe cómo se llama esa mujer?

—Si se lo digo meterán ustedes la pezuña en todas partes y lo estropearán. Éste es exclusivamente un asunto mío. Buscaré a esa mujer y lo resolveré a mi modo.

Wolsey encendió reflexivamente un cigarrillo.

—Lo malo —dijo con lentitud— es que no va usted a disponer de esos quince días.

Donald se puso de pie de un salto.

—¿Está loco? Ustedes me los concedieron. Me dijeron que debía casarme con una mujer cualquiera e irme a vivir a una determinada población cerca de Boston. Recuerdo incluso sus palabras, Wolsey: «Cátese. Alguna habrá que le guste, ¿verdad, Kelsen? Y luego, cuando todo haya terminado, se divorcia. El divorcio es legal en nuestro país»:

—Sí. Y usted me respondió que sus creencias morales le impedirían divorciarse y volver a casarse como el que cambia de traje.

—Así es.

—Por eso escogió a una lejana prima suya, una muchacha rubia y dulce que estaba enferma y que suspiraba por usted, ¿no? ¡Qué románticos son a veces los pistoleros profesionales como usted, Kelsen! Dijo además que nunca se divorciaría. Muy bien. ¿Qué menos de quince días se pueden conceder a un hombre enamorado?

—Yo no estaba enamorado ni narices. Pero quería a esa mujer, deseaba hacerla feliz. ¿Me entiende, marrano?

Wolsey se puso instantáneamente rojo.

—¡Kelsen!

—No se lo tome en cuenta —pidió Sandor, que en el fondo no era mal muchacho—. Está como trastornado. Cuando le he hecho ir a buscar al departamento de Lennox Avenue, por poco golpea a sus propios compañeros. Estaba allí mirando a la muerta, y cualquiera habría dicho que la había liquidado él. Era como una bestia salvaje. A mí mismo ha estado a punto de atizarme un famoso golpe en la nuca, coronel. No se lo tenga en cuenta.

Las facciones de Wolsey se fueron calmando poco a poco, muy poco a poco, y su respiración se hizo normal.

—Los permisos han sido anulados, Kelsen —suspiró al fin—. Por lo menos el suyo.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré más adelante, Kelsen, aunque está relacionado con algo que ha puesto en conmoción a toda la costa atlántica de este país. Hablemos ahora de la mujer que iba en el

«Mercury» color sangre.

—Todo lo que tenía que decir sobre ella, está dicho ya.

—Denos su nombre.

—Eso es cuestión mía.

—¿Le dijo usted que estaba adscrito al servicio de vigilancia de las bases de proyectiles?

—Nadie me ha dicho que tuviera que guardar secreta mi identidad, excepto cuando así me lo indicasen para alguna misión determinada.

—Sí, ya sé.

—Por tanto le dije cuál era mi oficio. Y ella me dijo el suyo: es embalsamadora de cadáveres.

—¿Y llevaba en la furgoneta el cadáver de Emily?

—Sí.

—¿De modo que estuvo usted viajando, sin sospecharlo, detrás del cadáver de la mujer con la que tenía que casarse?

—¡Sí!

La voz de Donald era tensa, ronca. Parecía como si de repente fuera a saltar sobre el coronel y machacarle la cabeza a golpes.

La luz concentrada de una pantalla única que había en el despacho, daba a todo aquello una apariencia fantasmal.

Wolsey dijo:

—No se excite, Kelsen. Si le hemos llamado aquí con tanta urgencia, es porque volvemos a necesitarle.

—¿Para qué? ¿Para qué me cuelgue de una viga?

—Si usted viajaba hace unas horas por la costa atlántica oiría en el cielo un sonido escalofriante —dijo Wolsey con calma.

Donald lo recordó de repente. Aquel sonido ululante, espectral, que parecía llenar el mundo entero.

—Sí, lo oí.

—¿Qué pensó que era?

—A mi entender, significaba la caída de un cohete de grandes dimensiones, capaz de contener seres humanos.

—Justo.

—¿De modo que era eso? ¿Y puede saberse cómo quedaron los seres humanos que iban dentro de ese proyectil?

—Eran tres hombres.

—¿Y qué queda de ellos ahora?

—Le asombrará saberlo, pero están enteros. Tienen sus cuerpos completos y en perfecto funcionamiento. Están vivos, en una palabra.

—A la velocidad con que rozaban las capas inferiores de la atmósfera, ese cohete tendría que haberse puesto al rojo.

—Sé que usted es un técnico, Kelsen, pero no conoce el proyectil de que le hablo. La aleación con que estaba construido resistió la fricción y mostraba una temperatura razonable cuando llegó a tierra.

A Donald aquello no le importaba. Podía ser muy interesante científicamente hablando, pero no le importaba. El hecho de que tres hombres hubiesen podido haber llegado vivos después de un asombroso accidente en el espacio le tenía completamente sin cuidado. Lo único que esta noche excitaba sus nervios era el nombre de dos mujeres. Una, Lorna, viva; otra, Emily, muerta.

—Muy bien —dijo ásperamente—. ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

—Usted es uno de nuestros agentes especiales, ¿no?

—Por desgracia.

Wolsey encajó con una excepcional paciencia aquella serie de agrias e indisciplinadas respuestas.

—Supongo que no sabía usted que iba a ser lanzado un nuevo tipo de cohete experimental... —preguntó.

—No, no lo sabía.

—Es lógico, puesto que sólo doce personas y los tres tripulantes estaban en el secreto de ese ensayo. El lanzamiento no se hizo en Cabo Kennedy, sino en la base 3M, situada cerca de Filadelfia. El destino de ese cohete que era un ensayo para Venus, era una órbita muy bien estudiada de la que tenía que regresar. Su peso, considerando que transportaba a tres hombres, era increíblemente bajo. Su consumo de combustible sólido también. Ésa era la razón de que lo ensayáramos para Venus.

—Muy bien. Un cohete maravilloso, estoy de acuerdo. ¿Pero por qué me explica todo eso ahora?

—Porque los tripulantes, al volver a la tierra, han explicado algo extraordinariamente asombroso.

—¿El qué?

Wolsey hizo una pausa e intentó dominar su contenido

nerviosismo encendiendo un cigarrillo, pero sus dedos temblaban.

—Han explicado —susurró luego— que un ser de otro mundo entró en el cohete, mientras ellos estaban en el espacio.

CAPÍTULO IV

La mujer se volvió de repente, con la sensación de que unos ojos se habían clavado en su nuca.

Vio tras ella la habitación vacía, los muebles ordenados, la pantalla ultramoderna que arrojaba una luz difusa y blanca. Todo, en fin, lo que contenía su hogar. Ni rastro de ojos misteriosos que creía haber sentido clavados en su nuca.

Fue a la cocina, abrió la *frigidaire* e intentó cantar. Su propia voz resonaba en las habitaciones como si resonase en una tumba vacía.

Cerró la *frigidaire* con un seco golpe. El «plac» de la tapa pareció confundirse con otro «plac» también muy sonoro, que acababa de sonar en el vestíbulo.

La mujer dejó de cantar.

Otra vez la sensación de los ojos en su nuca. Otra vez la sensación angustiosa de que alguien se encontraba tras ella. Incluso llegó un momento en que creyó oír su respiración.

Claro que aquella respiración no era la de un ser humano, sino más bien la de un animal en acecha.

Ella se volvió. Hubiera jurado que las cortinillas de la ventana se movían ligerísimamente.

«Debe ser el viento», pensó.

Volvió al *living*. Todo estaba allí en orden y tranquilo, y parecía como si el espíritu se serenase y simplificara sus sensaciones entre aquellos muebles cómodos y aquel ambiente ultramoderno. Ella se sentó frente a una mesita baja, tomó la fotografía enmarcada que había en ella y la contempló largamente.

Desde allí le sonreía el rostro de un hombre de unos treinta años, moreno, de facciones enérgicas, que llevaba el uniforme de oficial de aviación de Estados Unidos. El rostro de Serge Linklater, que dos días antes fue lanzado al espacio junto con otros dos

compañeros y ahora había vuelto a la tierra.

Con angustia, la mujer miró el teléfono que estaba sobre la misma mesita. ¿Y si se atreviera a llamar? ¿Y si preguntaba por qué no dejaban venir todavía a su marido?

A ella no le habían hablado de cuarentena ni nada parecido.

El ruido se reprodujo.

Fue otra vez un «plac», concreto y cercano, ahora casi al lado del mismo *living*, en la habitación donde estaban los armarios roperos.

La mujer palideció.

Su corazón latía sordamente. Notó que le hacía un daño dulce el pulso izquierdo.

«Algo va a fallarme», pensó.

Aguardó con todos los sentidos en tensión. El silencio dentro de la casa era absoluto. Luego se oyó el zumbido de la *frigidaire* al ponerse a funcionar automáticamente.

Un coche pasó junto a la finca y el resplandor de sus faros se perdió más allá de la hilera de abedules de la calle.

La mujer se miró sus manos. Temblaban.

De pronto, el retrato cayó al suelo.

Otra vez aquélla sensación horrible, inaguantable, de unos ojos en su nuca. Pensó si se estaría volviendo loca. Se palpó la parte posterior de la cabeza, en el bulbo raquídeo, donde parece concentrarse la sensación del miedo. Y con las manos agarrotadas allí, se fue poniendo en pie poco a poco.

Otra vez se volvió. Ahora con una lentitud exasperante. Sabía que todas las puertas y ventanas de la casa estaban cerradas. Quienquiera que hubiese logrado entrar allí, quienquiera que la estuviese mirando, no podía ser un ser humano.

La respiración lenta, muy lenta, parecida a la de una bestia al acecho, se oyó otra vez en la habitación.

Pero ahora no sonaba exactamente en el *living*. Sonaba más bien en el cuarto de los armarios roperos.

Exactamente donde antes había sonado aquel extraño «plac» que destrozó sus nervios.

La mujer fue hacia allí. ¿Por qué tanto miedo? Nada anormal podía suceder. Registraría la casa y se convencería por sí misma de que nadie estaba allí. Y empezaría, precisamente, para convencerse más, por el cuarto de los armarios roperos.

Se encaminó hacia él, poco a poco, sintiendo como dos cosas lejanas sus propios pasos y su propia respiración.

Abrió la puerta.

Ésta chirrió.

Nada al principio. Sólo la oscuridad y ese olor inconfundible, mitad a lana mitad a naftalina, que hay en todos los cuartos roperos.

Luego vio sus ojos.

Estaban allí, un poco a la izquierda, clavados en los suyos.

La mujer intentó gritar. Intentó gritar desesperadamente y entonces algo se le clavó desde dentro de la garganta. Fue como si todas las cuerdas vocales se le hubieran roto. Quiso retroceder y sus rodillas se negaron a obedecerle, doblándose como si fueran de cartón.

Pero al principio sólo fueron aquellos ojos.

Luego las mismas manos del extraño ser que estaba allí dentro —sus manos o lo que fuera—, apretaron el conmutador de la luz. La mujer lo vio, de repente, todo, ¡todo!, y vio también aquellas horribles zarpas. Entonces fue cuando su garganta pareció abrasarse y el grito hondo, desgarrador, alucinante, partió al espacio desde lo más hondo de su cuerpo.

Cuando aquellas garras se clavaron en su garganta, ya ni siquiera sintió dolor.

Donald Kelsen soltó una carcajada.

Una carcajada gutural, nerviosa, seca.

—¿De qué se ríe? —preguntó Wolsey.

—De lo que acaba de decir.

—No le veo ninguna gracia.

—¿Alguien que estaba en el espacio, aguardando, penetró dentro del cohete? Dígame, coronel, ¿no se confundirían y enviarían al espacio un autobús con puertas plegables?

—Repito que no veo que la situación tenga ninguna gracia.

—Deje que estos tres hombres duerman tranquilos y verá cómo mañana le explicarán otra cosa.

—El estado físico de estos tres hombres parecía completamente satisfactorio cuando han llegado a tierra. No necesitaban dormir.

—¡No me diga...!

—Dentro del cohete han tenido una presión adecuada y todo lo

necesario para su vida. Prácticamente no tenían que realizar ningún trabajo. Han podido dormir doce horas diarias.

—¿Y quién ha examinado a esos hombres?

—Yo mismo, acompañado del doctor Patton.

Donald, que iba a lanzar otra burlona carcajada, se detuvo. El doctor Patton tenía un prestigio reconocido en todo el país como especialista de enfermedades del espacio. Si él había encontrado bien a los tres hombres, no se trataba de una broma.

—Explíquese mejor —pidió.

—Es todo tan extraño, que a pesar de mi experiencia, no sé por dónde empezar. Lo confieso, Kelsen. Estoy más desorientado que en cualquier otro momento de mi vida.

—Empiece por donde le parezca. Por ejemplo, puede empezar por los nombres de esos tres valientes.

—Serge Linklater, Marlon Steve y Peter Luess.

—No los conozco.

—Los tres proceden de la aviación militar y han sido lo suficientemente entrenados en el laboratorio de la velocidad, que hay en las escuelas espaciales. Se les escogió porque tenían grandes conocimientos aeronáuticos y porque sus condiciones físicas eran ideales para esa empresa, aunque sólo se tratara de un ensayo secreto.

—¿Cuándo salieron?

—Anteayer.

—¿Quién llevaba el control del vuelo?

—Yo mismo.

—¿Desde dónde?

—Desde Nueva York.

Donald suspiró con cansancio, pero más interesado a cada minuto que transcurría.

—¿Qué notó?

—Una detención del proyectil cuando faltaban dos mil millas para llegar a su punto de órbita.

—¿Cuánto duró esa detención?

—Unos veinte minutos.

—¿Estaba calculada?

—¡Desde luego que no!

—¿Siguió luego ascendiendo el proyectil?

—Sí, pero le costó mucho recuperar el Control; e incluso sobrepasó su punto de órbita. Luego empezó a descender y volvió a penetrar en la atmósfera oblicuamente, como si patinase sobre ella.

—Supongo que eso es lo correcto, ¿no?

—Sólo en cierto modo es correcto lo que sucedió. La vuelta a nuestra atmósfera no estaba calculada para una fecha tan inmediata. El ángulo de inclinación con que penetraron en ella tampoco era normal. Daba la sensación de que los conductores estaban borrachos.

—¿Y cómo lograron tocar tierra sin morir?

—Por las excepcionales condiciones del cohete, el mejor sin duda que se ha construido en Estados Unidos.

—¿Quién lo diseñó?

—Werner von Braun y un equipo seleccionado de técnicos, desarrollando una vieja fórmula de Einstein que parecía una fantasía. Es algo distinto de todo lo que se ha hecho hasta ahora.

—¿Qué objeto se perseguía?

—El fin inmediato era de observación. El fin último que perseguimos es llegar a situar una base fija en el espacio y desde allí llegar a Venus.

—Desde cuya base se puede bombardear cualquier país del mundo sólo con esperar peligro de la tierra, ¿no es así?

—Esto es lo que nuestro Gobierno piensa, para emplear esa base si fuera necesario.

Donald encendió un cigarrillo con movimientos maquinales, un poco temblorosos.

—Está bien, sigamos —dijo después de exhalar una columna de humo—. Dice usted que esos hombres parecían borrachos a juzgar por el modo como conducían la nave, ¿no es así? Y sin embargo, el doctor Patton los encontró luego perfectamente.

—Exacto.

—¿Tenían miedo?

—Parecían dominados por un sordo terror que no querían confesarse.

—¿Qué le explicaron?

—Sencillamente, esto: que alguien penetró en la aeronave cuando estaban detenidos en el espacio.

Donald rió sin ganas otra vez.

—Absurdo. ¿Quién podía estar aguardándoles en el espacio? ¿Quién podía entrar en el cohete herméticamente cerrado y sin morir enseguida, a causa de la presión acondicionada del interior? Por supuesto, los del interior habrían muerto también, caso de abrirse el cohete.

—No podía tratarse de un ser humano, naturalmente.

—Más absurdo todavía.

—A mí también me lo pareció al principio, pero cuanto más pienso en este asunto, más atónito me encuentro. Una de las pequeñas puertas de la aeronave tenía, aspecto de haber sido abierta.

—Muy bien. Si no fuera así, los tres tripulantes habrían muerto casi instantáneamente.

—No lo crea —dijo Wolsey—. Todos estaban dentro de una especie de globo de cristal acondicionado en sus puestos de trabajo.

—¿Podían salir de él?

—Naturalmente.

—Sigue pareciéndome absurdo, de todos modos. Completamente absurdo. ¿Cómo describen a ese extraño personaje del espacio?

—No lo describen de ninguna manera. Dicen que vieron cómo una repentina luminosidad y luego pudieron ver fugazmente sus manos.

—¿Tenía manos y todo?

—No se burle, Kelsen.

—Supongo que en el interior de ese cohete, como en casi todos los de su estilo, funcionaría una máquina cinematográfica, ¿no?

—Exacto.

—¿Y qué es lo que nos dice la máquina?

—Ahora vamos a verlo.

Wolsey indicó a Sandor que acercara un pesado maletín oblongo que estaba en un ángulo, sobre una mesa, y al cual Donald no había prestado, hasta entonces, atención.

—He hecho que le trajeran la máquina a Sandor en espera de mi llegada —dijo Wolsey—. Móntela, Sandor.

El agente abrió el maletín con mucho cuidado y dentro vieron todos una máquina tomavistas y proyectora, todo al mismo tiempo, envuelta en plástico, de un modo muy parecido a las cámaras submarinas. Sandor hizo bajar en una de las paredes una cortina

blanca como el que desenrolla un mapa, hizo funcionar la máquina y apagó las luces.

La película era de deficiente calidad y al principio no vieron nada, hasta que se concretaron las formas. Luego aparecieron Linklater, Steve y Luess, los tres jóvenes y hábiles, manejando los mandos desde sus sillas-camas a las que estaban sujetos. Luego, una vez había sido vencida la fuerza de aceleración, los tres en pie. Por fin, se distribuían por los recintos del cohete. En la cámara principal no quedaba nadie.

—Cada uno tenía un cometido en el cohete, fuera, de la cámara general —explicó Wolsey.

Luego volvía a entrar un hombre joven.

—Marlon Steve —indicó Wolsey—. Aunque apenas puedo reconocerlo debido a sus trajes espaciales.

Marlon maniobró en unas palancas, comprobó el tablero de instrumentos y cuando iba a retirarse sucedió lo terrible.

Por la puerta interior que acababa de abrir asomó una luz repentina y brutal, que hizo retroceder a Marlon.

Y luego, por aquella puerta, claramente dibujada y con una absoluta nitidez, asomó una garra.

Una garra de enormes dimensiones, negra, con seis afiladas uñas.

CAPÍTULO V

El dedo índice, largo y nervioso, fue recorriendo las columnas de la guía telefónica de Nueva York en busca del apellido Monsen. Ese apellido abundaba poco en la ciudad y lo localizó enseguida. Pero «Lorna Monsen», el dato que buscaba, no figuraba allí.

Buscó entonces en los centenares de hojas correspondientes a profesiones. Quizá habría allí un apartado para «embalsamadores» donde Lorna figuraría. Y en efecto, pudo encontrarla al fin: «Percy y Monsen. Embalsamadores, N. Y.». Donald tomó nota mentalmente de aquellas señas. No necesitó apuntarlas.

Dejó la guía telefónica y salió del despacho, donde ya le esperaban Wolsey, Sandor, dos polizontes sin uniforme, pero con las fundas auxiliares bien visibles y los tres tripulantes del cohete lanzado al espacio.

Los tres estaban quietos, rígidos, mirando al vacío. Los tres como extraños fantasmas venidos de otro mundo.

Aún tenían sobre la mesa, sin haberlo probado, las tazas humeantes de café y las copas de licor.

Sobre Nueva York amanecía.

Un amanecer cochino, gris, triste como un lunes por la mañana. Además, presagiaba lluvia.

Wolsey les invitó:

—¿No beben?

—Quisiera saber por qué nos tienen detenidos aquí —dijo Linklater alzando la cabeza—. No somos delincuentes comunes. Somos oficiales de aviación y acabamos de prestar un gran servicio al país. No tiene sentido que nos detengan. Tampoco se nos habló de cuarentena.

—No están detenidos. Y dadas las condiciones especiales del cohete, la cuarentena no parece necesaria.

—¿Por qué, entonces, no puedo ver a mi esposa?

—¿Es que no han salido de aquí? —preguntó Donald.

—Han estado en la cámara de desintoxicación más de una hora —indicó uno de los polizontes.

—¿Juntos?

—No. Nuestras cámaras de desintoxicación son individuales. Resultan más eficaces así.

—¿Dónde están esas cámaras? —preguntó Donald.

—¿Por qué tanto interrogatorio? —preguntó Luess—. ¿Qué significa esto? ¿Acaso somos fantasmas?

Donald Kelsen los miró. Lo parecían. Jóvenes y fuertes los tres pero pálidos y con las huellas de algo desconocido en sus ojos. No podían sostener la mirada en un punto fijo más allá de diez segundos, aunque daba la sensación de que estaban absortos. Eso es lo que suele ocurrir con los que sufren visiones o pesadillas.

El cambiar continuamente la dirección de sus ojos es un medio de defensa.

¿Qué habrían visto aquellos ojos cuando estaban colgados en el espacio, a una altura que hace sólo diez años los cerebros humanos no podían ni siquiera concebir?

¿Habrían visto sólo aquella garra de seis uñas?

¿O quizá algo más?

Donald se estremeció en contra de su voluntad.

Vio que Linklater trataba de beberse el café. Sus manos le temblaban. Cayeron unas gotas y se manchó el traje.

Los tres iban ya vestidos de paisano, seguramente con ropas que dejaren en la base o que les habían sido prestadas allí. Q quizá alguien la fue a buscar a sus casas, puesto que los tres eran de Nueva York.

—¿Por qué no puedo ver a mi esposa? —preguntó Linklater.

Los otros dos no hablaban. Parecían más obsesionados aún que su compañero por alguna visión de pesadilla.

—Lo mejor sería que Linklater fuese. Se encontraría más animado —opinó Donald.

—Está bien —concedió Wolsey—, pero iremos nosotros con él.

—¿Por qué? —Linklater parecía excitado y como si fuese a saltar de la silla—. ¿Por qué diablos tienen que acompañarme a mi propia casa?

—Para protegerle.

Linklater se puso en pie. Diríase que estaba adelgazando por horas. Había, incluso, unas lastimosas arrugas en su cuello, parecidas a bolsas de piel.

Sus ojos parecían mirar a todas partes sin mirar a ninguna.

—Está bien, vamos —accedió.

Salieron Wolsey, Donald y él. Marlon y Luess no manifestaron el menor deseo de salir, como si estuvieran absortos en sus propios pensamientos. Frente a la puerta de las oficinas de control les aguardaba un automóvil, un «Lincoln» negro, a cuyo volante se sentó el mismo Donald, tras entregarle Wolsey las llaves de contacto.

—¿Dónde vive su esposa? —preguntó a Linklater.

—En el 359 del paseo Mukden.

—Eso está al Oeste de Jersey City, ¿no?

—Exacto.

—Creo que es un lugar muy solitario.

—Y muy tranquilo.

Donald condujo a buena velocidad. No decía nada, pero sus nervios estaban a punto de estallar. Perdía el tiempo investigando lo sucedido en un cohete en el espacio, y mientras tanto, la persona o personas que habían asesinado a Emily lograrían escapar. ¿Qué le importaba a él lo que ocurriese más allá de la atmósfera, cuando la tierra, a sus mismos pies, estaba manchada de sangre?

Pasaron de Brooklin a Mukden y Jersey City. Una luz lechosa y gris flotaba sobre las calles, que empezaban a animarse lentamente. El tránsito era casi nulo aún de todos modos, y Donald pudo seguir conduciendo a buena velocidad. Llegaron al paseo de Mukden después de atravesar Jersey City; el paseo de Mukden era un lugar tranquilo y solitario, con chalets de una o dos plantas y un gran parque infantil hacia su mitad. La vegetación de todos los jardines estaba toda cubierta de rocío. El aspecto de las casas era triste y hasta un poco siniestro, a aquella hora, sobre todo porque en la calle flotaba una niebla que el amanecer no había disipado aún.

Llegaron frente al número 359.

Una sola planta, un gran jardín y por todas partes amplios ventanales de concepción ultramoderna.

—Hay luz —dijo Linklater.

—Claro. Su esposa le debe estar esperando.

Donald frenó y se apearon los tres.

La cancela del jardín estaba abierta, pero no se veían huellas de ninguna clase sobre la tierra húmeda.

Fue Donald quién se acercó primero y oprimió el timbre de la puerta. Un simpático sonido, tipo zumbador, pareció resonar dentro de una sepultura. En la casa nadie se movió.

La niebla, con el amanecer, parecía hacerse más espesa y cubría el jardín entero.

—No comprendo cómo mi esposa no nos ha oído aún —dijo Linklater acercándose a la puerta.

—¿Vive sola?

—Tiene una asistenta durante el día, pero por las noches está completamente sola en casa.

—¿Es suyo el traje que lleva puesto? —preguntó Donald mirando a Linklater fijamente.

—Sí. Un asistente vino a buscarlo a casa, pero no permitió que mi esposa le acompañara, a Primera Base.

—¿Tiene llaves?

—No.

—Está bien. Vamos a saltar por la ventana.

Cualquiera de ellas serviría para eso. Las ventanas eran bajas, poco sólidas, propias para las casas de un barrio tranquilo donde todo el mundo se conoce. Ni Wolsey ni Linklater se atrevían a hablar. Donald, que era, a pesar de todo, el que tenía los nervios más templados, forzó flácidamente el cierre de una de las ventanas y los tres hombres pasaron sobre él alféizar, entrando en la casa.

La primera pieza era un dormitorio donde no se apreciaba el menor desorden. Desde allí pasaron a un *living* ultramoderno cuyas luces estaban todas encendidas.

Allí tampoco había señal alguna de desorden.

—No comprendo —susurró Linklater—. Quizá, a pesar de todo, Lauren haya salido a verme.

En ninguna parte encontraron el menor signo de desorden ni la más pequeña huella de la dueña de la casa.

Sólo quedaba por ver el depósito de carbón y un pequeño cuarto donde estaban los armarios roperos.

Fue Donald el que abrió la puerta de este último.

Cuando Linklater lanzó aquel grito de horror, aquel grito infrahumano que más bien parecía el alarido de una bestia, Donald ya se había inclinado sobre el cuerpo de la mujer.

Parecía como si aquella noche no diera un paso sin ir del brazo de la muerte.

—Quédese con él en la puerta, Wolsey —musitó.

Realmente no debía dar demasiado gusto estar allí. Todo estaba amontonado, en desorden, perdido de sangre.

Parecía como si la mujer hubiese peleado allí contra una auténtica bestia salvaje.

Los muebles de la pequeña habitación habían sido proyectados en todas direcciones. La tapicería de las sillas aparecía despanzurrada, abierta. Había huellas de uñas en las paredes, en las puertas de los armarios y, sobre todo, en el cuerpo de la mujer.

Lauren había muerto a zarpazos.

Donald recordaba haber visto una vez el cadáver de un hombre a quien destrozó un león. Salvando ciertas diferencias, este cadáver era muy parecido. A Lauren le habían deshecho la garganta de varios zarpazos, al igual que parte de sus vestidos. Y a pesar de lo cruento de su muerte, debió haber fallecido sin sufrir mucho. Su expresión, sus ojos desencajados, eran de asombro, y de miedo, pero no de dolor.

Uno de los primeros zarpazos le había seccionado la yugular, por la que fue perdiendo prácticamente toda la sangre de su cuerpo.

Donald se fijó en la dirección que seguían los trazos de las uñas, hizo en silencio unas cuantas observaciones que no necesitó apuntar, porque quedaron como grabadas a fuego en su memoria, y luego se puso en pie, saliendo de la habitación.

Linklater se había dejado caer sobre una de las alfombras del *living* y estaba sentado en una actitud casi ridícula, mirando al vacío como si lo que acabara de ver no tuviese sentido alguno.

Entre Donald y Wolsey le pusieron en pie.

—Prepárale algo de beber, por Dios —susurró Wolsey.

Donald buscó con los ojos el mueble bar, lo encontró y sacó un vaso y una botella de *brandy* europeo. Vertió en el vaso una cantidad suficiente para emborrachar una ballena. Hubo que abrir la boca a Linklater para que éste lo tragara. Luego el aviador se dejó caer al suelo otra vez y empezó a vomitar angustiosamente.

Los dos hombres le contemplaron en silencio durante largos minutos, sin hacer nada por él, porque sabían que todo era inútil.

Linklater dejó de vomitar.

Al fin pareció reanimarse un poco. Su estómago estaba ahora tan vacío que se contraía en inútiles espasmos. Miró a los dos hombres con ojos turbios y amarillentos.

—Todos sabemos ya quién ha cometido ese crimen —susurró.

Wolsey decidió hacerse el tonto.

—¿Quién?

—Mis compañeros y yo lo hemos descrito suficientemente. Los tres hemos visto sus horribles garras y ustedes las habrán visto también, si es que la cámara captó su presencia. ¡Maldito sea el día que nació, Wolsey! ¿Qué necesita más? ¿Es que espera que ese monstruo se presente por su voluntad en un precinto de la policía?

—Francamente, no veo qué es lo que puedo hacer, Linklater.

Linklater tuvo como una última crispación. Saltó sobre la alfombra, empezó a rugir como un animal y se arrojó sobre Wolsey. Antes de que Donald pudiera impedirlo, le había partido los labios con dos bestiales *jabs*. Wolsey cayó a tierra con toda la boca convertida en un surtidor de sangre.

Linklater fue a patearle cuando ya estaba en el suelo. Donald tuvo que sujetarle y poner en juego toda su poderosa musculatura para detener a aquel loco. El aviador gimió, pataleó, se retorció desesperadamente y luego, con la misma facilidad con que se había excitado se derrumbó de pronto.

Fue sencillo llevarlo hasta una de las butacas y dejarlo allí, como un pelele, respirando agitadamente. Linklater daba pena así con los ojos cerrados, pero la dio más aún cuando los otros dos vieron de nuevo sus pupilas amarillentas.

—Saben quién es el asesino... —repitió.

—Y usted debe hacer digo, Wolsey —apoyó Donald.

—¿Por ejemplo?

—Dar la alarma, por lo menos para los límites de Nueva York, y pedir que toda la policía de la ciudad se ponga en movimiento.

—¿No cree que esto sembraría una alarma injustificada? Ese monstruo, sea quien sea, no se podrá mover durante el día por las calles de la ciudad. Tampoco creo que sea invisible ni que flote por los aires. Las huellas de sus zampas son bien materiales y concretas.

Tenemos todo un día por delante, antes de que pueda actuar otra vez.

—Un día es poco tiempo. Hay que empezar a actuar inmediatamente y con todos los medios a nuestro alcance.

En aquel momento todos oyeron el chirrido de los frenos de un automóvil que se detenía ante la casa.

Donald miró a través de una ventana. La niebla se hacía más y más espesa, pero distinguió que el que acababa de llegar era un «Oldsmobile» de color naranja, del que en este momento estaban descendiendo Marlon, Luess, un agente sin uniforme y un ingeniero militar llamado Laxon, que era el que había llevado la responsabilidad de la instalación del cohete y su lanzamiento. Laxon era el inmediato superior de Wolsey.

Uno de los del grupo llamó a la puerta. Donald fue a abrir. Entraron en silencio e interrogándolo con los ojos.

Donald dijo solamente:

—Hola, Laxon.

—Cuando he llegado a Primera Base me han dicho que Linklater había salido ya —explicó Laxon—. Tengo mucho interés en hablar con los tres juntos sin pérdida de tiempo. ¿Ha visto ya a su esposa?

—Sí, la he visto.

—¿Que significa ese tono?

—Entre.

Laxon siguió a los demás que ya estaban en el *living*, mirando con ojos asombrados a Linklater.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Luess.

—Entren en el cuartito de la izquierda y lo verán —musitó Wolsey, mientras lanzaba otra bocanada de sangre.

Entraron todos, poco a poco, como el que va a despedirse de un muerto. Y volvieron a salir con los ojos desencajados, sobre todo los dos aviadores. Luess necesitó levantar la botella de *brandy* y encasquetarse el gollete entre los labios, atiborrándose a propósito el estómago de licor hasta que tuvo que sentarse en una de las butacas, con la cabeza echada hacia atrás y respirando angustiosamente.

Laxon dijo:

—No sabía nada de eso, Wolsey.

—Yo acabo de averiguarlo.

—Explíquemelo todo con detalle.

Wolsey dio cuenta a su superior de todo lo que había sucedido desde el regreso del cohete a la atmósfera hasta el momento en que Linklater, Donald y él descubrieron el cadáver, pasando por las declaraciones de todos y por lo que había revelado la cámara cinematográfica.

Al final del relato, a Laxon le temblaban un poco los labios. Y era extraño, porque Laxon era uno de esos tipos que no se impresionan por nada. Había estado en tres guerras y cierta vez tuvo que pasar siete días encerrado en un *bunker* con más de diez cadáveres en descomposición.

Pero esto parecía ser superior a sus fuerzas.

—¿Dice que vieron esa garra? —preguntó.

Los tres pilotos lo han afirmado y, además, la cámara fotográfica lo recogió fielmente.

—De todos modos resulta absurdo pensar que este crimen ha sido cometido por un ser, vamos a decirlo así, venido de otro mundo.

—Pues ésta es la única conclusión a que se puede llegar —dijo Wolsey, con desaliento—. Y usted sabe, general, que no me gusta decir esto. Maldita sea la cochina hora que este cohete salió.

—¿Dicen que la garra tenía seis uñas? —preguntó Laxon.

—Sí. Y todos hemos visto que en ese cadáver hay seis líneas sangrientas por cada zarpazo.

—¿Han avisado al forense?

—No hemos hecho nada hasta ahora. Pero creo —afirmó Wolsey— que este asunto no debe escapar de nuestra jurisdicción. Si damos cuenta al forense y a la policía, no podremos evitar que dentro de poco lo conozcan los periodistas. Y entonces una ola de pánico se extenderá por todo el país.

—Pero ahora todo el mundo sabe ya que se ha oído un ruido desgarrador a lo largo de la costa atlántica —dijo Laxon—. Y que algún objeto sólido de gran tamaño, probablemente un cohete, ha caído a la tierra.

—Eso es lo único que la gente sabe —murmuró Wolsey—. No es mucho. Incluso podemos dar una nota oficial sobre el regreso del cohete a la tierra con sus tres ocupantes sanos y salvos. No deja de ser un gran éxito. Pero ni una palabra acerca del extraño ser que ha

llegado también en la aeronave.

Donald Kelsen, las manos nerviosamente hundidas en los bolsillos, de su pantalón, dio varios pasos por el *living*. Los dos hombres, dos verdaderas autoridades en la materia, hablaban de aquello como si fuese cierto. Pero él sabía que aquello era imposible. Cualquier mente humana se resistiría a creerlo. ¡No podía ser!

Y, sin embargo, allí estaba la mujer con el cuello desgarrado por las zarpas. Allí estaba el cadáver con una muda y siniestra acusación; Sólo los ojos de Lauren, la muerta, conocían el misterio. Sólo los ojos insondables de una mujer muerta...

Oyó la voz de Laxon como una cosa lejana.

—Está bien —decía—; no daremos cuenta oficial de lo sucedido, aunque uno de nuestros técnicos debe examinar ese cadáver. ¿Qué otra cosa aconseja usted, Wolsey?

—Por primera vez en mi vida estoy desorientado. Ignoro cómo debemos actuar en una situación así.

Entonces intervino Luess.

Luess se había bebido media botella de *brandy* y sus ojos negros estaban brillantes como los de un loco. Sus poderosos hombros de atleta se movían espasmódicamente y todo él producía el efecto de que estaba en la última fase de la embriaguez. Sin embargo, sus palabras fueron sensatas y estuvieron cargadas de sentido común.

—Lo esencial y más importante —dijo—, es examinar el cohete. Sus resultados técnicos y los datos de vuelo son ahora lo que menos importa. Hay que examinar esa aeronave, pieza por pieza, comprobar la estructura de sus puertas, cerciorarse de si, al menos una, pudo ser abierta, revisar los aparatos de control, especialmente los que marcan la presión, y abandonar toda idea de utilización de ese cohete u otros semejantes en tanto no se haya desentrañado este misterio. No creo que haya otra alternativa. Sé que ustedes me darán la razón.

Laxon inclinó la cabeza pensativamente.

—Usted es Luess, ¿verdad?

—Sí.

—Después de lo que ha bebido, cualquiera diría que debía usted estar borracho. Y no lo está.

—Tengo los nervios bien templados, general. ¿Qué van a

decidir? Tienen que darse prisa.

—Haremos lo que dice —suspiró Laxon—. Creo que sus palabras están cargadas de sentido común.

—Pero eso retrasará de uno a tres meses como mínimo nuestros planes de investigación del espacio.

—No importa.

Hubo un momento de silencio. Todos vieron entonces que Linklater lloraba. Estaba llorando en un rincón y silenciosamente, con mirada de perro perdido. Se dieron cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios y que había que hacer algo por él.

—Llévenlo a una habitación reservada del hospital —ordenó Laxon—. Tiene que estar mejor atendido que el presidente Nixon, pero con vigilancia día y noche. Me temo que pueda hacer cualquier locura si le dejamos abandonado, aunque tan sólo sea durante cinco minutos.

El polizone vestido de paisano que había asistido en silencio a toda aquella conversación, se acercó a Linklater y le tomó de un brazo. Linklater sufrió entonces el ataque de nervios que todos habían estado temiendo. Se puso a gritar, a patalear y dar golpes al aire con sus poderosos puños. Uno de esos golpes alcanzó al polizone, que cayó a tierra con una ceja partida. Marlon, que también se abalanzó sobre su compañero, rodaba segundos después alcanzado en el plexo solar. Tuvo que ser Luess el que redujo a Linklater con un gancho de izquierda, aprovechando un momento de descuido de éste.

Donald Kelsen había presenciado toda aquella pelea sin intervenir. Vio el soberbio gancho de izquierda de Luess a Linklater y chascó la lengua. El entendía de peleas. Linklater quedaría al menos diez minutos dormido y, por el momento, el asunto habría terminado.

Había un pequeño canterano en el *living*. Donald lo abrió. En el interior, papeles, recibos, cartas y una agenda escrita con letra de mujer. Sin duda la agenda personal de la desdichada Lauren. La guardó junto con las cartas y luego se volvió nuevamente hacia el centro de la sala.

Laxon estaba mirando por una de las ventanas.

—¡Maldita niebla...! —susurró.

—No se preocupe por eso. Es normal en esta época del año. Luego se levantará.

Laxon se volvió hacia él.

—¿Han encontrado huellas?

—No estaría de más que enviasen a algunos técnicos, pero a simple vista no se aprecia ninguna.

—Los enviaré. Y, a propósito, Donald; vamos a desgazar ese cohete pieza por pieza, para tratar de descubrir algo. Sobre todo, los dispositivos de cierre serán examinados pulgada a pulgada. Necesito que dentro de una hora esté usted en Primera Base, desde donde iremos al lugar en que se encuentra el cohete. Fuerzas de la policía militar lo custodiaban ahora, impidiendo que nadie se acerque allí.

Donald pasó la lengua por los resecos labios. De modo que disponía de una hora...

—Está bien; iré —dijo rápidamente.

Iba a salir cuando la voz de Laxon le detuvo.

—Donald... ¿usted cree en los fantasmas?

Donald Kelsen se pasó otra vez la lengua por los labios que aún estaban secos.

—Sí —repuso, bruscamente—. Ahora ya creo en ellos, narices.

CAPÍTULO VI

Allí estaba. El 218 de la calle Treinta y Cuatro, de Brooklin. Un establecimiento pequeño y feo, como deben serlo todos los establecimientos de esta clase. El rótulo —muy antiguo y escrito en letra gótica— decía: «Percy y Monsen. Embalsamadores titulados». En el escaparate no había nada, salvo un gran paño negro que lo cubría todo por entero. Un vaho de vejez, de humedad y de muerte parecía desprenderse de cada rincón de aquella tienda.

Resultaba muy difícil relacionar aquello con la desbordante y explosiva belleza de Lorna, una mujer que decía «más» cuando la besaban y que sabía cruzar las piernas con aquella diabólica elegancia. Pero no había duda. Lorna trabajaba allí.

Donald entró.

Las calles ya estaban completamente animadas y a pesar de la niebla, Nueva York había adquirido ya su aspecto habitual de ciudad nerviosa, ajetreada y vibrante. Un ambiente que tampoco compaginaba con la quietud mortuoria de la tienda.

Había allí un viejo vestido de negro que le saludó respetuosamente con una inclinación de cabeza.

—¿Qué desea el señor?

—Que me embalsamen. Pero quiero que lo haga Lorna Monsen personalmente.

—El caballero está de broma, ¿no? ¿Cree que éste es el lugar más adecuado para hacer chistes?

—No es ningún chiste. Quiero ver a Lorna Monsen.

—No está en Nueva York.

—Tiene que estar. Esta madrugada he llegado yo con ella. Traía un cadáver embalsamado. El cadáver de una muchacha llamada Emily.

—Deje que mire en mis libros de registro.

Donald sujetó a aquel tipo por las solapas, parecidas a las alas de

un murciélago y le zarandeó violentamente.

—No necesita mirar ningún libro registro. Lorna tiene que estar aquí o en algún sitio que usted conoce perfectamente. Dígame qué sitio es éste o le parto el cráneo ahora mismo.

—¿Está... usted loco?

—¡Hable de una vez!

—*Miss Monsen* no está aquí. Difícilmente viene, puesto que trabaja en el hospital *Bellevue*. De esta tienda se encarga *míster Percy*, que fue amigo de su padre y ahora es el socio de Lorna. Creo que la podrá encontrar en el *Bellevue* si va antes del mediodía.

El tipejo parecía decir la verdad. Donald abrió las manos y lo soltó. El otro tocó entonces con los tacones en el suelo. Sin darse cuenta Donald lo había levantado.

—Si me ha mentido volveré para machacarle la cabeza.

—Se lo juro... Por las mañanas está siempre en el hospital *Bellevue*. La encontrará allí sin duda...

—Iré.

Donald salió del establecimiento. El tiempo volaba. Si quería aprovechar la hora que le habían concedido necesitaba no desperdiciar un solo minuto. Del hospital *Bellevue* a Primera Base había muchas millas de ciudad trepidante y bulliciosa. Lamentó no tener su pequeño automóvil en este momento. Un taxi no le resolvería apenas nada.

Junto al establecimiento de Lorna había un rutilante garaje donde se alquilaban automóviles sin chófer. Había allí tipos de todas las marcas y cubicajes, aunque eran, por lo general, coches americanos de dos o tres temporadas antes. Donald les echó un vistazo, mostró sus documentos y eligió un «Chevrolet» azul, no muy grande, modelo 1969. Hizo que le llenaran el tanque de gasolina y salió a gran velocidad hacia el hospital *Bellevue*, apurando hasta el límite las posibilidades del tránsito.

Pudo encontrar un aparcamiento a poca distancia del edificio, descendió del vehículo y fue directamente a la Morgue.

Un empleado le dijo que Lorna Monsen estaba enseñando a unos cuantos discípulos en una sala especial.

Donald fue a esa sala especial. Notó a través de los cristales que había empezado a llover finamente. Al entrar en la habitación — pintada completamente con esmalte blanca— vio a Lorna vestida

con una bata inmaculadamente blanca, guantes de goma y cofia, realizando la autopsia a un cadáver junto a varios discípulos que la contemplaban atentos.

Ella le vio entrar. Sus ojos parecieron temblar un poco dentro de las órbitas.

«Absurdo», pensó Donald.

Era absurdo en efecto, que una mujer que tenía algo que ocultar hubiera permanecido en Nueva York como si tal cosa, dando clase sobre los cadáveres del hospital Bellevue como si ella fuera la persona más honrada del mundo. Pero este absurdo no era más que otro a añadir en la lista. Todo era absurdo en aquel caso desde que se vio envuelto en él.

Lorna, mientras daba unas detalladas explicaciones a sus discípulos, continuaba mirándole. En su mirada había algo mágico, terriblemente vital y esa mirada viva y penetrante destacaba aún más porque antes de llegar a Donald se deslizaba por encima de un cadáver. Donald estuvo a punto de perder el equilibrio de sus nervios. Hubiese querido besar a la mujer o golpearla.

Lorna terminó su explicación. Los estudiantes se dispersaron, dejando sobre la mesa el cadáver igual que una cosa inútil y desdichada de la que no volverían a acordarse. Tuvo que ser Lorna la que tapó cuidadosamente el cuerpo con una sábana.

Donald tenía los ojos fijos en el cadáver, como un obsesionado.

Estaba pensando en el cadáver de Emily.

—No comprendo a qué has venido —dijo ella cuando estuvieron solos.

Parecía como si continuasen siendo tan amigos. El tono de su voz era natural, y Donald se sorprendió. ¿Es que no sospechaba nada? ¿Acaso era ella la única inocente entre aquellos asesinatos?

—La muchacha cuyo cuerpo trajiste anoche se llamaba Emily Reynolds —musitó Donald.

—Sí. ¿Y qué?

—Era la mujer con la que tenía que casarme.

Lorna palideció. Por un instante su rostro quedó tan blanco como la sábana que cubría el cadáver. Luego reaccionó, tragando saliva dificultosamente, y mirando a Donald con fijeza.

—Dios mío, es horrible... ¿Quién hubiera podido sospecharlo?

—¿No lo sospechabas, Lorna? ¿Fue nuestro encuentro

absolutamente casual?

—Lo fue.

Ella hablaba con serenidad. Demasiada serenidad incluso. Otra vez los nervios de Donald estaban a punto de saltar en un estallido salvaje.

—¿Sabías que esa muchacha había sido asesinada?

—Sí.

—Parece como si la situación te asustase muy poco. ¿Por qué embalsamaste su cuerpo?

—Porque me encargaron hacerlo. Y debo advertirte, por si lo ignoras, que mi profesión es completamente legal.

—¿Quién hizo la autopsia?

—El doctor Bradley, forense de Filadelfia.

—¿Y qué encontró? ¿Qué sabes tú de ese crimen?

—Los datos de la autopsia fueron pasados a la policía y yo sólo los conozco en parte, pero sé que la muchacha murió apuñalada. Me fue muy difícil disimular las múltiples heridas, una de ellas a la altura del corazón. Y hasta podría decirte algo más.

—¿Qué puedes decir?

—Que la mató una mujer.

Donald se estremeció levemente. No pudo evitarlo.

—¿Estás loca?

—No hablo basándome en fantasías, sino en los datos lógicos. He visto en mi vida centenares de heridas de arma blanca, y sé que éstas fueron causadas por una mano débil e inexperta. A pesar de que Emily Reynolds estaba atada, necesitó varias cuchilladas para matarla. La hizo sufrir.

—¿Cómo sabes que estaba atada? —La voz de Donald era una especie de silbido vibrante.

—Te debiste fijar muy poco en este cadáver. A pesar de todos mis esfuerzos, aún se notaban las huellas de las ligaduras. ¿Qué más puedo decirte? Estaba atada, la hicieron sufrir. La persona que le causó la muerte estaba dominada por un odio enfermizo, típicamente femenino.

—Sí que puedes decirme algo más —balbució Donald—. No te encargaron por simple casualidad que la trajeses a Nueva York para que yo me la encontrara. Dime el nombre de la persona que te encargó ese trabajo. El nombre de la persona que te pagó.

—Era una mujer.

—¡Su nombre!

—Lo ignoro. Me hizo el encargo por teléfono, aprovechando que yo estaba en la ciudad, cosa que sabía, sin duda porque me hicieron un par de interviús en la Prensa. Dijo que era un familiar de Emily y que podía retirar el cadáver de la Morgue porque ya le habrían hecho la autopsia. Me preguntó mis honorarios por teléfono, y el dinero me fue inmediatamente enviado por giro telegráfico. Al mismo tiempo se me comunicó la dirección de Nueva York a la cual debía enviar cuanto antes el cadáver.

Donald Kelsen se mordió el labio inferior. Se hizo sangre en él, pero no se dio cuenta.

—¿Todo esto te lo dijo una mujer?

—Sí.

Hubo un silencio.

—¿Significan estos datos algo para ti, Donald?

Sí, lo significaban, pero nada dijo.

Una mujer.

Todo esto, que a primera vista parecía inexplicable, tenía, sin embargo, una espantosa lógica.

El debía presentarse en Magnolia, pequeña población situada al norte de Massachusetts, junto con Emily, su reciente esposa. Debía presentarse como un tranquilo burgués que examina las posibilidades de la población para establecerse en ella. Todo esto ocurriría en una fecha bien determinada, una fecha que ya estaba prevista. Un par de días después se presentarían allí dos hombres que teóricamente pensaban fundar una factoría para vender sus productos en el Canadá. Esos hombres eran dos peligrosos espías que «trabajaban» los secretos de los cohetes espaciales. El llegar a conocer hasta tal punto sus actividades, el saber que en una fecha determinada estarían en Magnolia, donde podrían ser vigilados y cazados con las manos en la masa, había costado la vida de un agente. Donald tenía que vengarlo. Donald Kelsen era el encargado de terminar la misión.

Muy bien. Aquí se detuvieron los pensamientos de Donald. Todo esto hasta aquí era muy normal. Una misión como tantas de las que había realizado en su vida.

Pero él sospechaba que en todo aquello estaba mezclada Sheila

también. Sheila le había enloquecido tres años antes, hasta tenderle una trampa mortal de la que pudo escapar por verdadero milagro. En este mundo tortuoso del espionaje, donde abundan los hombres demasiado listos y las mujeres demasiado bonitas, Sheila había sido la sirena más cautivadora, más dañina, más peligrosa de todas. Para Sheila la vida de un hombre valía menos que una barrita de *rouge*. Le sentenció a morir con la indiferencia del ganadero que señala unas reses. Y, sin embargo, estaba enamorada de él. Desesperada y rabiosamente enamorada de él.

Donald lo sabía.

Les separaba un mundo. Ella era una espía, y él un agente del Gobierno. Lo que ella le ofreció para ser felices —huir juntos del país— era algo que Donald nunca podría realizar. Y en cuanto Sheila supo que el honor era para él algo más importante que los labios de una mujer como ella, le sentenció a morir.

Le sentenció a morir irremediablemente.

Dos asesinos con el corazón atravesado por balas del calibre 38 era todo lo que había quedado de aquella emboscada. Y Donald Kelsen aún estaba vivo.

Sheila, al parecer, no se había vuelto a preocupar de él, ni él de ella. Donald no empleó para perseguirla todo lo que sabía. Pero ahora ella tenía que estar relacionada de algún modo con los dos espías que tenían que llegar a Magnolia, en Massachusetts. El que Donald fuese a ir allí significaba que estaban descubiertos. Y de algún modo supo también que Donald iba a casarse con una mujer llamada Emily Reynolds. Supuso que lo haría por amor. Y los celos le dictaron la orden de matar a Emily organizándolo todo de aquel siniestro modo para que Donald encontrase el cadáver al llegar a Nueva York cuando fuera a casarse.

Éste fue el hilo que siguieron los pensamientos de Donald.

Pero ¿quién podía haber cometido la indiscreción de revelar todo aquello a una mujer como Sheila? Donald se mordió el labio inferior otra vez al pensar en esto. Sólo podía haber sido Wallace, el agente que tenía que seguir a los espías hasta que llegasen a Magnolia. Wallace debía haberse dejado seducir por la mujer, y eso significaba que ya estaba muerto.

Levantó los ojos. Vio que Lorna le miraba fijamente. La luz gris de la única ventana arrancaba destellos azules a sus ojos.

—Has estado mucho rato silencioso —musitó ella—. ¿Qué ocurre? ¿En qué estás pensando?

—En esa mujer.

—¿Es que la conoces?

—Sospecho que sí. ¿Qué acento tenía? ¿No notaste algo curioso al hablar por teléfono con ella?

—Sí. Tenía acento francés.

—Sheila ha vivido muchos años en París —dijo pensativamente Donald—. Y sabe que es peligroso conservar el acento francés, pero lo conserva porque le gusta. Era ella sin duda.

—¿Se llama Sheila?

—Sí. Nada se pierde con que lo sepas.

—¿Y qué significa lo que hizo?

—Sólo una cosa. Que ella y sus amigos se saben descubiertos. Y que antes que los atrapen procurarán ahogarse en una orgía de sangre. No tendré que preocuparme de buscarla. Ella y sus amigos me buscarán a mí... para exterminarme.

CAPÍTULO VII

Wolsey dijo con voz insegura, dominando a duras penas el nerviosismo que sentía:

—Sí, señor presidente.

La voz del teléfono volvió a llegar hasta él.

Contestó:

—Sí, señor presidente.

Otra frase que sólo él llegó a captar por el auricular.

Y la respuesta:

—Desde luego, señor presidente. Permaneceremos en Primera Base. Nadie se moverá de aquí hasta recibir nuevas instrucciones. Gracias, señor presidente. A sus órdenes.

Y colgó.

Miró en torno suyo con ojos vidriosos, como si todo aquél fuese un panorama que aún no conocía.

Y sin embargo, allí había pasado casi íntegramente los últimos años de su vida.

Primera Base.

Una casa aislada en el exterior de Jamaica Bay, en Nueva York. En apariencia un chalet burgués, pero en realidad el sitio desde donde se controlaban, con pocos aparatos y pocos hombres de momento, los ensayos en la nueva base de lanzamiento cercana a Filadelfia.

Todo el mundo, todos los espías, todos los informadores más o menos oficiales, estaban pendientes de lo que ocurría en Cabo Kennedy, el viejo Cabo Cañaveral, y por eso nadie se fijaba en lo que ocurría en la nueva base secreta cercana a Filadelfia.

Los ojos vidriosos de Wolsey se animaron un poco.

Allí estaban los tres astronautas que habían ensayado la nueva órbita a Venus. El que se mantenía más sereno era Luess, el piloto. Allí estaban dos agentes de seguridad, junto a un médico, por si los

astronautas necesitaban asistencia. El único que faltaba era Donald Kelsen.

Pero Donald Kelsen entró en aquel momento.

Cerró apesadumbrado la puerta.

Parecía un fantasma de sí mismo.

Miró a Wolsey y lo vio aún con el teléfono en la mano, contemplándolo todo con ojos ausentes.

—Wolsey —dijo.

El coronel pareció despertar.

—Hola, Donald. Se ha retrasado. ¿De dónde viene?

—Del hospital Bellevue.

—¡Vaya sitio! ¿No está allí la Morgue?

—Sí.

—Pues repito... ¡vaya sitio!

—En un día como éste, uno solo puede pensar en muertos —bisbiseó Donald—. Y usted, ¿a quién estaba llamando?

—A nadie. Me han llamado a mí.

—Muy pocas personas conocen el número de Primera Base.

—El que ha llamado sí que lo conocía.

—¿Quién es?

—El presidente de Estados Unidos.

Y Wolsey dejó caer el auricular sobre la horquilla, como el que deja caer una losa funeraria.

Donald se sirvió una taza de café bien cargado.

Era lo único que había en Primera Base.

Café bien cargado. Y controles secretos. Café bien cargado. Y alguna secretaria apetitosa. Café bien cargado. Y unas ganas terribles de largarse de allí, unas ganas terribles de ir a cualquier pueblo a criar vacas. Café bien cargado...

Donald lo bebió con gestos maquinales, como si aún estuviera ausente de sí mismo.

—¿Qué quería el presidente? —preguntó luego.

—Informarse. El también ha sabido algo del estrépito que originó la astronave al caer sobre una zona que no era la calculada, ni mucho menos. Quería saber qué ocurrió.

—¿Y se lo ha contado?

—Pues... sí.

—¿Todo?

—¿Incluso el crimen?

—Bueno... No tenía más remedio —dijo Wolsey.

—¿Cómo ha justificado el que la astronave tomara tierra en un lugar distinto del previsto, exponiéndose a originar una verdadera catástrofe? Porque cerca de allí hay núcleos fuertemente habitados. Pudo matar a más de cien mil personas.

—Pues... ésa no era cuestión mía, pero lo he justificado del mejor modo que he podido —dijo Wolsey—. He hablado de una especie de hipnosis colectiva en los astronautas. Y he hablado también de la posible presencia de un ser extraterrestre.

Donald arqueó una ceja.

—¿Y qué ha hecho el presidente? —preguntó—. ¿Se ha puesto a reír? ¿O le ha dado a usted la medalla de honor del Congreso?

—Ni una cosa ni otra. La noticia no le ha gustado; eso es todo. Y me ha dicho que lleve a término todas las investigaciones precisas, para lo cual me prestará la ayuda del FBI y de todos los elementos del servicio secreto que yo necesite.

Tras beber otro sorbo de café, Donald preguntó:

—¿Y qué piensa hacer, Wolsey?

—¿Yo?

—Usted es, de momento, el jefe en funciones de la seguridad en Primera Base. Supongo que tomará alguna decisión.

—¿Qué decisión? Nunca he perseguido a un fantasma.

—Entonces, ¿por qué el presidente le ha encargado a usted de eso?

—Quizá porque he sido el que ha contestado su llamada por teléfono. O quizá porque me conoce. De una forma u otra, hemos acordado que yo le llame dentro de media hora, cuando haya tomado alguna decisión. Si digo que me siento incapaz de dar un solo paso, él encargara del asunto al FBI, o incluso a algunas unidades especializadas del ejército si hiciera falta.

Donald se puso en pie.

Dijo:

—Media hora...

El tiempo se le hacía interminable. No sabía por qué pero media hora le parecía una eternidad.

Miró a través de la ventana y vio los árboles del jardín, tan espesos que les aislaban de las miradas indiscretas del exterior.

Sobre esos árboles caía la lluvia, fina y constante. Aquello seguía pareciéndole a Donald Kelsen un sórdido amanecer de un lunes. Durante años había trabajado como repartidor, mientras era estudiante. Los lunes por la mañana entraba a las seis. Y aún recordaba el odio con que, mientras estaba caliente en la cama, recordaba las primeras luces del alba.

Y entonces sonó el teléfono otra vez.

—El presidente —dijo Donald.

Pero no, no era el presidente otra vez.

Simplemente aquello era *el principio*...

Fue Wolsey el que descolgó también el aparato, de mala gana.

—Coronel Wolsey al aparato —dijo—. Estoy a la escucha.

Y al momento palideció.

Aquella voz debía resultarle desconocida, porque hizo una seña bien expresiva para que pusieran en funcionamiento un aparato que él señaló.

El agente de seguridad que estaba más cerca obedeció.

El aparato era un gran magnetófono que reproducía con absoluta fidelidad lo hablado por teléfono, y que captaba las menores inflexiones de voz.

—¿Pero qué dice? —masculló al cabo de unos instantes.

Y luego:

—¿Está loco?

Más tarde:

—¿Pero quién es usted?

Y al fin:

—¿No quiere decirlo? ¿Y pretende que esto me lo tome en serio?

¿No se da cuenta de que para mí esto es una estúpida broma?

Y terminó con un:

—¡Váyase al infierno!

Colgó.

Parecía un tigre enjaulado. Tenía los ojos juntos y pequeños como dos alfileres.

Donald preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada. Un loco.

—Los locos no conocen este teléfono —dijo incisivamente

Donald Kelsen.

Las palabras parecieron penetrar como una cuña en el cerebro de Wolsey. Bruscamente hizo un gesto de comprensión, de aturdimiento. Y señaló el magnetófono.

—Sí, es cierto —musitó—. Este teléfono es secreto. Sólo contadísimas personas lo conocen.

—¿Y de qué han hablado?

—Ahí lo tiene. Reproduzca, por favor.

Donald Kelsen se acercó al aparato, hizo retroceder la cinta y luego reprodujo. Se oyó una voz lenta y chirriante, pero absolutamente clara. Intercalando las respuestas de Wolsey, que ya conocían, la conversación era la siguiente:

—Le hablo de la nave espacial que se ha posado hace poco cerca de Nueva York, muy lejos de su objetivo previsto.

—Le diré muy pocas cosas. Sé perfectamente todo lo sucedido. Y voy a darle un plazo para someterse a mis condiciones. De lo contrario más de doscientas mil personas morirán... este mismo día. Y usted también morirá, aunque de un modo distinto. A usted le matará el ser que ha llegado de más allá de la Tierra.

—No, no estoy loco. Y oiga mis condiciones, Wolsey. Sé que es Wolsey porque conozco su voz. Oiga mis condiciones y anótelas bien, ya que no volveré a repetirlas. Quiero cinco millones de dólares. Cinco millones en buenos billetes del Tío Sam, que cobraré antes de las doce de esta noche. ¿Por qué? Sí, pregúntemelo. ¿Por qué? Pues porque en caso necesario haré estallar la carga nuclear que lleva el aparato. ¿No me cree? Pregunte a los pilotos por qué se desviaron de la ruta. Y pregúnteles si una carga nuclear se puede hacer estallar por radio. Vamos, hágalo. Asegúrese con todos los técnicos que quiera. Tiene docenas de ellos a su disposición. Muévase. Menee el trasero de la silla. Convénzase de que el explosivo nuclear pudo ser introducido en el cohete antes de que éste partiera de la Tierra. Y convénzase también de que un ser extraterrestre pudo entrar en él. ¡Un ser extraterrestre que está bajo mis órdenes!

—¿Pregunta que quién soy? No le importa. Sería infantil que le diera mi nombre, ¿no? Pero óigame bien, Wolsey. Está perdido si no paga esos cinco millones. Están perdidas doscientas mil personas. Y no me diga que no tiene ese dinero, sucio esbirro. ¡Claro que lo

tiene!

—Claro que debe tomárselo en serio. Es una amenaza. No la volveré a repetir, se lo aseguro.

La voz chirriante pareció tremolar en el aire.

Y se oyó al fin el grito rabioso de Wolsey.

—¡Váyase al infierno!

Y el chasquido del aparato al ser colgado.

Luego nada.

Sólo el

run-run

muy suave de las ruedas del magnetófono al girar en el vacío.

Donald Kelsen movió una mano con gestos aplomados.

Pulsó el resorte y las ruedas pararon.

Entonces miró los Ojos del coronel Wolsey.

Era extraña la expresión de aquellos ojos.

Se notaba que no quería creer en nada, ni en su propia voz. Pero que, no obstante, las palabras grabadas en la cinta le obsesionaban, le torturaban aún.

Masculló:

—¡Es un puerco! ¡Un loco! ¡Un sucio y condenado loco!

—Repito que los locos no conocen este teléfono —musitó Donald.

—Pues entonces, ¿qué piensa?

—No lo sé.

—Wolsey dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Este teléfono sólo lo conocen quince personas! ¡Dieciséis, si contamos al presidente de Estados Unidos!

—Pues puede haber llamado una de las otras quince. Supongo que, como en todas las oficinas gubernamentales secretas, hay cintas grabadas con sus voces, para una posible identificación.

—Sí, es cierto... ¡Las hay! ¡Claro que las hay! ¿Cómo infiernos, no se me había ocurrido?

—Movió un resorte del propio despacho.

E inmediatamente se descornó un panel de pared, dejando ver un armario donde había numerosas cintas magnetofónicas clasificadas y colocadas dentro de cajas metálicas.

Elegió unas cuantas. Quince en total. Mediante un sistema de acoplaje a un magnetófono múltiple, pudieron oírlas una tras otra.

Antes de empezar, Wolsey preguntó a Donald:

—¿Tiene usted buena memoria auditiva?

—Perfecta.

—¿Reconocerá entre las voces la misma que nos ha hablado antes, si es que figura en el archivo?

—Desde luego que sí.

—Pues adelante, aunque...

—¿Aunque qué?

—¡No debiéramos tomarnos en serio esta idiotez! ¡Es una broma!

—Una mujer ha muerto y una astronave se ha perdido. Yo no veo la broma por ninguna parte —musitó Donald—. Vamos, coronel, empiece.

Wolsey movió otro resorte.

Las cintas se fueron sucediendo rápidamente, pues bastaba la pulsación de una tecla para su expulsión y su sustitución por otra. Todas las voces se oían con perfecta claridad Donald Kelsen y los demás escuchaban con una atención insólita.

Pero nada.

La conclusión a la que todos llegaron al fin fue ésta:

—Nada...

—Ninguno de los empleados de este lugar ha sido —murmuró Donald—. Por descontado que tampoco ha sido el presidente Nixon. Entonces hay que buscar en otra parte.

—¡En ninguna parte! —masculló Wolsey—. ¡Bastantes preocupaciones tengo ya! ¡El que ha hecho esa llamada es un loco, un loco, un loco...!

Pese a su experiencia, parecía a punto de sufrir un ataque de nervios Pero la verdad era que jamás se había encontrado en una situación como aquélla. Donald lo comprendió.

Produjo un chasquido con los dedos.

—Coronel —dijo.

—¿Qué pasa ahora?

—Supongo que en esta oficina, que forma parte de la NASA, se gasta muchísimo dinero.

—Pues... pues sí, claro. Pero son fondos autorizados por el Congreso. ¿Qué pretende decir?

—No me refiero a eso. Ya sé que lo que se gasta es legal. Quiero

decir que usted debe tener aquí unos fondos permanentes para pagar a los técnicos y para comprar material. Debe tener dinero.

—Pues... sí.

—¿A cuánto asciende la suma que ahora tiene?

Wolsey fue a soltar otro exabrupto, pero reflexionó. Sus facciones palidecieron terriblemente. Sus labios temblaron al bisbisear:

—Pues ahora que lo dice... La cifra exacta que tengo es... es de cinco millones de dólares...

CAPÍTULO VIII

El silencio que se hizo a continuación fue agobiante. Fue de esos silencios que se pueden cortar como se corta un pastel. Esos silencios que penetran hasta los nervios, que los deshacen y que terminan triturándolos poco a poco.

Wolsey masculló:

—Cinco millones de dólares...

—Justo la cifra que le ha pedido ese desconocido.

—¿Quiere decir que él sabe que... que...?

—Quiero decir que sabe el terreno que pisa. No es una broma.

Wolsey se derrumbó sobre la silla.

Parecía aterrado.

Parecía encontrarse ante la puerta de un mundo desconocido, un mundo en el que no se atrevía a dar un solo paso, porque le llenaba de un viscoso horror.

—¿Pero cómo puede saberlo? —balbució—. ¡Es imposible!

—Debe haber una explicación lógica —dijo Donald Kelsen—. ¿Cuántos empleados pueden conocer la cantidad exacta que se guarda aquí?

—Pues... pues yo y dos técnicos.

—¿Viven en Nueva York?

—Por descontado que sí.

—¿Puede disponer de quince agentes del FBI?

Wolsey parpadeó con sorpresa.

—¿Quince? ¿Para qué?

—Son quince técnicos los que trabajan aquí, ¿no?

—Por supuesto.

—Envíe a la casa de cada uno de ellos un agente del FBI. Envíelo y que durante las próximas veinticuatro horas no le permita ni hacer «pipí» a solas. Con eso ya eliminaremos de raíz a los quince sospechosos.

—Pero...

—¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo de sembrar la alarma?

—Sí.

—Lo que ha ocurrido en las últimas horas es suficiente para que Primera Base se ponga en estado de alerta —dijo Donald—. No importa el mal efecto que eso produzca en los técnicos. Envíe a casa de cada uno de ellos un agente del FBI. Y no pierda tiempo, por favor. Cada minuto cuenta ahora.

Wolsey asintió.

Parecía completamente aturdido.

Tomó febrilmente el teléfono especial que tenía para llamadas exteriores y disco el número del Departamento de Justicia, en Washington. Una vez hubo obtenido la comunicación, pidió que le pusieran con el director del FBI.

E hizo la petición que le había sugerido Donald Kelsen, dando los nombres y domicilios de los técnicos de Primera Base, que conocía de memoria.

Naturalmente le prometieron la ayuda que necesitaban. Había más de quince agentes del FBI en Nueva York que podían hacer perfectamente aquel trabajo de perro guardián. Podía estar seguro de que ninguno de los quince técnicos daría un pellizco a su mujer sin que los federales lo supieran.

Wolsey dio las gracias.

Y colgó.

Anduvo con movimientos lentos por la habitación y, el mismo se preparó también una taza de café bien cargado.

—Quizá tenga razón, Donald —musitó—. Por lo menos así los sospechosos están bien controlados.

—Haga algo más, coronel.

—¿Algo más? ¿Qué?

—Tenga preparado un sistema de detección por si ese tipo, o *ese ser*, vuelve a telefonarnos.

Wolsey palideció.

No supo por qué.

Pero su cara se puso amarilla.

—¿Usted cree? —susurró.

—Todo es posible. Si nos encontramos con que no es uno de los quince técnicos que trabajan aquí, volverá a llamar. Pero para eso

es necesario controlar inmediatamente desde qué sitio lo hace.

—Comprendo.

—Supongo que aquí tienen instalaciones adecuadas.

—Sí. Se puede localizar cualquier llamada en cuestión de minutos —dijo el coronel—. Sólo he de mover este resorte rojo mientras la recibo. Hay dos agentes re la centralita que se encargan de todo.

—Perfecto.

—Pero, si se localiza la llamada, ¿quién irá?

—Yo mismo —dijo Donald Kelsen—. A menos que llamen desde el otro lado de Nueva York, me comprometo a estar allí en cinco minutos. Si la llamada fuera demasiado lejana, pediríamos la intervención de un coche patrullero.

—Bien.

Y Wolsey se puso un cigarrillo en los labios. Parecía preocupado, más preocupado que antes. Pero de pronto lanzó una carcajada.

—Tonterías —dijo—. Tenía que ser uno de los empleados. No volverá a llamar. Seguro que no. Ese sucio intento de sacarnos cinco millones ha quedado abortado en el mismo instante de empezar.

Consultó su reloj.

—Los agentes del FBI ya deben estar en las casas de esos hombres —dijo al cabo de unos instantes—. Son gente que se mueven con rapidez. Seguro que ya están controlados. Seguro que ya no llamará na...

Iba a decir: «Nadie».

Pero no terminó.

Porque en aquel momento sonó de nuevo, lenta y solemnemente, el timbre del teléfono que tenía en la mesa.

CAPÍTULO IX

Wolsey lo miró como si mirara a un bicho raro, a un animal antediluviano, a un extraño objeto que en realidad no existía. Hizo gesto de taparse los oídos, pero resultaba inútil desconocer la realidad de aquella llamada. Al fin avanzó la mano hacia el auricular.

Donald se abalanzó hacia un escucha supletorio mientras musitaba:

—El pulsador rojo...

El coronel lo movió.

De ese modo, sin necesidad de ninguna palabra, ordenaba ya que fuera detectada aquella llamada.

Descolgó el auricular.

—Wolsey al aparato —dijo con voz firme.

La voz chirriante —una voz que todos hubieran reconocido incluso cien años después— sonó en el auricular.

—¿Creía que no iba a llamar ya, coronel?

—Pensaba que como broma bastaba con una vez. ¿Qué infiernos se le ocurre ahora?

—Supongo que habrá reflexionado sobre lo que le dije.

—Yo no reflexiono sobre las estupideces. Doy por no recibida esa comunicación. Váyase al infierno.

—Veo que no me cree, coronel.

—No creo absolutamente nada.

—Está bien. Dispone de cinco minutos. Dentro de cinco minutos volveré a llamar. Y si entonces no me obedece... ¡tendrá una prueba de mi poder! ¡Una prueba espantosa...!

Esta vez fue el desconocido quien colgó.

O al menos debió colgar, aunque no se oyera ya el «chask» del auricular.

Luego nada.

El runruneo de las ruedas del magnetófono que había grabado la nueva conversación, y que giraban inútilmente.

El propio Donald Kelsen las desconectó.

El coronel dijo con voz tensa:

—Ese tipo ha sido un ingenuo.

—¿Por qué?

—Seguro que han detectado el lugar de la llamada.

—Seguro —dijo Donald.

El coronel sudaba ahora de excitación.

Daba la sensación de que no quería creer en nada de lo sucedido, pero al mismo tiempo los nervios le iban fallando poco a poco.

Pulsó el botón de un dictáfono.

—George —murmuró.

—Diga, coronel.

—Ha detectado la procedencia de esa llamada, supongo.

—Sí, coronel.

—¿Dónde?

—Es en la calle Hutton, cerca del aeropuerto de Newark.

—¿Zona?

—No puedo precisar más, coronel.

—Por suerte la calle Hutton es corta —dijo Wolsey, mientras movía otro resorte. Se descorrió un nuevo panel de pared y apareció un plano a gran escala de Jersey City.

Wolsey buscó la calle Hutton.

—Cuerno —dijo—, ese tipo es más idiota de lo que creía.

—¿Por qué?

—Mire la calle Hutton, Kelsen.

—Todo son campos...

—Exacto. Sólo hay un edificio.

—¡Entonces ha llamado desde ahí!

—Por supuesto. Vaya enseguida, Kelsen. ¡Enseguida! ¿Lleva armas?

—No me separo nunca de mí «38».

—Tome las llaves de mí «Zephir Torpedo». Mi coche es uno de los más rápidos que hay en Nueva York, Ahora hay poco tráfico. Estará allí antes de ocho minutos...

Donald Kelsen no se hizo repetir la indicación.

Salió a toda velocidad.

Sabía que encontraría al tipo que quería llevarse los cinco millones de dólares.

Pero no imaginaba que iba a encontrar algo muy distinto: a encontrarse con lo sideral, con lo misterioso, con lo desconocido.

CAPÍTULO X

La calle Hutton, en efecto, estaba compuesta de solares por edificar, todos ellos recientemente urbanizados. Eran solares industriales. La calle Hutton tenía algo de feo, de inhóspito, de hostil, bajo la lluvia pertinaz de aquella mañana. Las ruedas del «Zephir Torpedo» patinaron cuando Donald Kelsen frenó bruscamente ante el único edificio. Éste era un bloque de tres pisos aún sin pintar, donde un rótulo anunciaba a los que quisieran tener el fastidio de leerlo:

«Próxima instalación de los talleres Barkley. Servicio las veinticuatro horas del día».

Pero aún no funcionaba.

La puerta estaba cerrada.

Y todas las ventanas estaban aún tapiadas con ladrillos, de modo que no se podía entrar por ellas. Sólo una no estaba tapiada, pero tenía en cambio una sólida reja.

Donald aporreó la puerta.

No había ni timbre.

Y para llegar a la puerta era necesario atravesar una pequeña zona de tierra —de una yarda más o menos— en la que el agua había formado barro. Donald se fijó muy bien en eso. Y se fijó sobre todo en que «allí no había ninguna huella de pies».

Por lo tanto nadie había entrado en la casa.

¿Pero entonces...?

Empezaba a no entender aquello. La cabeza le daba vueltas.

Un tipo vestido de azul abrió al fin la puerta. Tenía un ojo nublado y tenía además cara de mala jeta.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese modo de aporrear la puerta?

Donald mostró su placa, que era muy similar a la de los agentes

federales.

—Servicio del Gobierno —dijo—. Necesito registrar el edificio.

—¡Pero si estoy yo solo...!

—¿Seguro?

—¡Claro que seguro! ¿No ve las ventanas tapiadas? ¿Y la reja?
¿Y no ha notado que la puerta estaba cerrada por dentro?

Donald sí que había notado todo aquello, pero no se desanimó.

—¿Hay salida trasera?

—No.

—¿Tiene teléfono?

—Pues... ¡pues claro!

—¿Ha llamado usted desde él?

—Desde que la semana pasada llamé para pedir aumento de sueldo y por poco me despiden, no he vuelto a tocar ese bicho.

Donald ya había notado que aquel tipo no tenía la voz que él había escuchado tan claramente. Pero podía haber otras personas en la casa. Porque no cabía duda de que la llamada había sido hecha desde allí.

Necesitaba asegurarse.

—Quiero registrar todo esto —dijo.

—Bueno, hágalo. Al fin y al cabo está vacío aún, y no es demasiado grande.

Donald Kelsen penetró en el local. A la luz gris del día, tenía una tristeza inmensa. Consistía en una sala de grandes dimensiones donde había varias máquinas aún por montar. Como todo era aséptico y funcional, allí no había prácticamente sitio para ocultarse. Una puerta llevaba a los vestuarios, que eran muy grandes, y otra a las instalaciones higiénicas.

Donald Kelsen registró todo aquello.

Lo hizo con una enorme rapidez, de tal modo que si alguien hubiera tratado de ocultarse se habría visto sorprendido.

Pero no había nadie.

Luego señaló unas escaleras que llevaban a las dos siguientes plantas.

Antes ya las había visto, por supuesto. Y había tendido entre las dos barandillas un fino e invisible hilo, atándolo a una y otra. De ese modo, si alguien bajaba en silencio mientras él estaba, por ejemplo, en los vestuarios, rompería el hilo inadvertidamente y él

sabría que habían pasado por allí.

Pero el hilo estaba intacto.

Nadie había bajado desde los pisos superiores.

Donald dejó el hilo y pasó por debajo, en compañía del empleado, que estaba cada vez más atónito. Los pisos superiores resultaban aún más fáciles de registrar, porque en el tercero no había absolutamente nada, y en el segundo sólo vio una cama, una mesa y una silla.

Tampoco allí había nadie.

—¿Vive usted aquí? —preguntó al empleado.

—Sí. Y estoy de servicio las veinticuatro horas del día. Bueno, lo que se dice de servicio... Mato las horas leyendo y durmiendo, pero me pueden llamar a cualquier hora para traer algo o entrar una nueva máquina. Me aburro como un gato soltero. Bueno... ¿qué infiernos quiere? ¿No ha husmeado bastante ya?

—¿Cuándo fue la última vez que entró alguien?

—Anoche.

—¿Usted no se ha ausentado?

—Ni hablar. Me costaría el puesto. Precisamente anoche me trajeron comida y cerveza y no he necesitado nada más.

Donald Kelsen estaba atónito. No le cabía duda de que la llamada había sido hecha desde allí. Pero no entendía una palabra...

—Lléveme al teléfono —dijo.

—Está en un cuartito de la planta baja. Cerca de la ventana derecha. Vamos...

Los dos descendieron. El hilo aún seguía intacto, y Donald no tuvo inconveniente en romperlo ahora. Fue al cuartito que le indicaba el empleado. El teléfono era de pared. Estaba a más de dos metros de la ventana de reja. A través de ésta se vean los campos silenciosos, se veía la lluvia, se veía la tristeza.

El empleado susurró:

—Le aseguro que el teléfono no ha sido tocado desde ayer. Pero... ¿pero qué cuerno es eso?

Donald miró hacia donde el otro le indicaba. Y en ese momento sus ojos se enturbiaron. Todos sus nervios sufrieron una sacudida.

—Dios santo... —musitó.

Porque el auricular estaba descolgado. Oscilaba levemente, al

término del hilo, como un extraño péndulo.

Donald Kelsen se sirvió otra taza de café bien cargado.

En torno suyo, todo el mundo estaba expectante. Lo mismo Wolsey, que los pilotos, que los agentes de seguridad, le miraban como si fuese una especie de aparecido.

Había regresado a Primera Base.

Ya no sabía ni qué hora era. No tenía ni noción del tiempo.

Fuera seguía lloviendo de aquella manera mansa, inacabable.

De aquella manera mezquina.

—No lo entiendo —musitó—. Estoy seguro de que nadie entró allí. Pudo haber complicidad por parte del empleado, pero eso me parece muy difícil. Además no había huellas en el barro, a la entrada de la casa.

Wolsey se había hecho traer, no se sabía de dónde, una botella de *whisky*. Se atizó un trago directamente de la botella. Había perdido toda su rigidez militar. Ahora parecía un funcionario mal pagado que además teme que le despidan de un momento a otro.

—Entonces —dijo con un eructo—, ¿cómo pudieron llamar?

—Cabe la posibilidad, por pensar algo, de que descolgaran el teléfono desde fuera, con un gancho. También con el mismo gancho pudieron marcar el número. Pero ¿y hablar?

—Eso es imposible —murmuró Wolsey—. Es lo más claro de todo este asunto, amigo. Estaban junto al teléfono. Pegados al auricular. Se oía hasta el sonido de la respiración.

Donald sabía que era verdad. El mismo lo había oído.

Pero entonces, ¿qué explicación había? ¿Cómo era posible? ¿Cómo...?

Todos los que estaban allí se miraron uno por uno.

Tenían las facciones sudorosas.

Los ojos terriblemente quietos.

Y en ese momento sonó el teléfono otra vez.

El timbrazo pareció resonar en sus cráneos. Todos sufrieron la misma crispación. Los ojos casi se desencajaron, las manos se movieron levemente.

Wolsey miró el auricular como si fuera un objeto maldito. Al fin movió los resortes que ponían en marcha el magnetófono para grabar y el servicio de detección para localizar la llamada. Y descolgó.

No tuvieron ninguna sorpresa.

Aquella voz chirriante les pareció lo más natural del mundo.

¿Quién podía llamar, sino aquel ser desconocido? ¿Quién podía llamar, sino «la voz»?

—Parece que está desorientado, coronel Wolsey. Muy desorientado... Ha enviado a su agente a la calle Hutton, ¿verdad? Y a usted le parece imposible que haya llamado desde allí... ¿Pero qué piensa? ¿Que necesito moverme como los demás hombres? Bueno, voy a darle facilidades. No quiero que sufra, coronel. Estoy junto al teléfono, ¿oye mi respiración?

Wolsey dijo con voz opaca:

—Sí...

—Esta vez no deberá molestarse en detectar la llamada. Le diré exactamente dónde estoy.

—¿Dónde? ¡Dígalo! ¡Dígalo de una vez si se atreve, maldita sea!

Pero la voz no contestó directamente. Por el contrario, hizo una pregunta:

—¿Qué hora es?

—Las..., las seis en punto.

—Justo. Las seis en punto. Ahora oirá las campanas de la torre de la iglesia parroquial. ¿Qué única iglesia parroquial con reloj de carillón hay en Jersey City?

Wolsey balbució:

—Santa Anita... La iglesia de Santa Anita... Cerca de aquí.

—Exacto, amigo. Santa Anita. Y ahora oiga.

Dejaron de oírse las palabras Pero, en cambio, se oyeron perfectamente las seis solemnes campanadas lanzadas por el reloj de una torre.

Las campanadas cesaron. Cada una de ellas había sido como un aldabonazo en los nervios de quienes las escuchaban.

Y luego dijo la voz:

—¿Se ha convencido de que no hay trampa? ¿Se ha convencido de que le estoy llamando desde las cercanías de Santa Anita y *ahora*? Hala, venga a buscarme. Le volveré a llamar dentro de treinta minutos justos. Venga a buscarme si quiere...

Y se cortó la comunicación.

Wolsey parecía al borde del paroxismo.

Por el interfono le llamaron desde detección.

—¡Coronel, ya está localizada la llamada! ¡Ha sido desde las cercanías de la iglesia de Santa Anita!

—¡Eso ya lo sé, idiota!

—¡Han llamado desde un restaurante que hay justo enfrente!
¡Ahora estoy seguro!

Wolsey se llevó una mamo a la boca.

Balbució:

—¡Diablos, eso está muy cerca!

E hizo una seña a Donald.

Donald no necesitó más.

Saltó como una exhalación hacia la puerta.

CAPÍTULO XI

La iglesia de Santa Anita había sido erigida dos siglos antes por un grupo de californianos que residían en Jersey City. Ahora está muy descuidada, pues desde hace años no hay fondos para repararla. Ocupa una de las pocas plazuelas románticas y tranquilas que aún quedan en la bulliciosa ciudad. La plazuela tiene unos bancos, unas zonas de césped y unos sauces. Tiene también unos solares pertenecientes a la iglesia y que aún no se han edificado, porque se emplean como parque infantil para los niños. Y enfrente hay un restaurante.

Un único edificio.

Donald Kelsen se preguntó por qué *la voz* tendría tanto interés en llamar desde lugares solitarios. Desde edificios únicos. Desde sitios donde no cupiera duda sobre el teléfono que acababa de utilizar.

¿Era un desafío?

¿Hasta qué extremo se burlaba de ellos?

¿O hasta dónde llegaba su poder?

Donald entró en el restaurante.

Éste era un sitio selecto. Sólo para *gourmets*. Sólo para amantes de la tranquilidad y de los placeres de la buena mesa. Poco servicio y muy distinguido. Explicaron a Donald, tras mostrar éste su credencial, que nadie había hablado últimamente por teléfono.

—¿Dónde tienen el aparato?

—Hay tres. Uno en la cabina de la sala restaurante.

—No, ése no puede ser. No se oirían las campanas de la iglesia.

—Otro en el despacho del dueño, en el semisótano. No hay ventanas. Sólo aire acondicionado.

—Inútil. Tampoco se oirían. ¿Y el otro?

—El otro es el de las cocinas, señor. El del servicio. Pero nadie puede telefonar por él sin que yo lo sepa —dijo el *maître*, que era

quien le informaba.

—¿Por qué?

—Los cocineros se pasaban el día charlando y no preparaban nada a tiempo. Entonces me enfadé y puse un candado en la puerta que da al teléfono. Tengo la llave aquí, mire.

Donald iba de asombro en asombro.

No entendía aquello.

¿Qué hacía el hombre de la voz? ¿Filtrarse por las paredes?

—Veámoslo —dijo—. Por favor, veámoslo.

El candado parecía no haberse abierto en mucho tiempo. Costó manipular en él. Pero no había sido forzado ni nada de eso. Cuando entraron, vieron una habitación pequeña con el suelo cubierto de polvo. ¡Y en ese polvo no había ninguna huella!

Donald Kelsen sintió que se le secaba la boca.

Vio el teléfono descolgado.

Como la otra vez.

Y vio que arriba había un pequeño ventanuco por el que debían haberse oído las campanadas. Pero ese ventanuco era de orificios tan estrechos (era más bien un respiradero) que por él no hubiera pasado ni el dedo de un hombre.

—Como ve —dijo el *maitre*—. Nadie ha entrado aquí.

Donald Kelsen necesitó apoyarse en la pared. Muy pocas veces en su vida le había ocurrido eso. Las rodillas se le doblaban.

¿A quién estaba enfrentándose? ¿A qué hombre? ¿Qué monstruo? ¿O a qué espíritu?

Wolsey balbució:

—No puedo creerlo. Hágase cargo. No puedo creerlo.

Donald Kelsen tampoco lo creía, pero no estaba dispuesto a admitir que se enfrentaban a algo sobrenatural. No, no estaba dispuesto.

—Seguro que nadie había entrado allí, coronel —dijo—. Y sin embargo habían llamado desde aquel lugar. No sólo estaba el auricular descolgado, sino que se oían perfectamente las campanadas del reloj de Santa Anita. Los cocineros me lo confirmaron. Y sin embargo...

—Sin embargo no puede ser, ¿verdad?

—No, no puede ser...

Wolsey se zampó otro interminable trago de *whisky*. Los astronautas también habían bebido. Se les notaba con los ojos brillantes, con los nervios más templados. Uno de ellos, Luess, parecía incluso un poco amodorrado.

—Volverá a llamar —susurró Donald—, pero ya no voy a molestarte en localizar la llamada. No quiero más chascos. Pregúntele quién es, coronel. Pregúntele para qué quiere el dinero, si como parece no es..., no es un hombre como los otros.

Wolsey asintió.

Y en ese momento volvió a sonar el teléfono.

El coronel pareció cogerlo con miedo, como si quemase.

La voz dijo con su sonido chirriante:

—¿De acuerdo, coronel? Consulte su reloj. ¿No es la hora exacta en que le dije que le llamaría? ¿Sorprendido? ¿Pues qué pensaba? ¿Que no iba a llevarse un chasco como la primera vez? ¿O que no podría llamarle? Dígame, ¿se molestará ahora en detectar la llamada?

Wolsey tapó un momento el micro mientras susurraba:

—Parece como si adivinara nuestros pensamientos.

La voz siguió:

—No voy a perder más tiempo, coronel. Quiero esos cinco millones. Los quiero enseguida. Le juro que no voy a tener más paciencia.

—Pero... ¿para qué quiere el dinero?

—No lo quiero para mí. Yo no podría gastarlo.

—¿Que no podría gastarlo?

—No. Pero tengo amigos que sí podrían. Ya habrá adivinado, si es un poco inteligente, cuál es mi identidad. Yo soy el ser que entró en la aeronave cuando ésta se callaba en el espacio. El tiempo no cuenta para mí, ni el espacio..., ni las paredes o las puertas. La voz humana es sólo una mis muchas facultades. La otra es adivinar los pensamientos... En confianza, coronel, ¿hay algo que le dé miedo todavía?

—Pues...

—Dígamelo tranquilamente, hombre... ¿De qué se avergüenza? Estamos entre amigos... ¡Y al fin y al cabo voy a adivinar su pensamiento!

Wolsey no contestó.

Estaba como aturdido.

Y la voz chirriante dijo por él.

—Le dan miedo las puertas negras. Claro que le dan miedo las puertas negras... Cierta vez, cuando era usted muy niño, vio un ataúd cuya tapa alzarón. Y no ha podido olvidarlo. Pero usted piensa que no hay puertas negras en Primera Base... Claro, ¡qué suerte! ¿Verdad? ¿Por qué tener miedo? Pero voy a darle una prueba de mi poder, coronel. Mire bien en torno suyo. Muy cerca de usted hay un muerto... *Hay un muerto*. Un hombre con el que yo acabé hace poco. Cuando lo haya visto, yo volveré a telefonar, Wolsey. No hace falta que se moleste en avisarme, porque no puede hacerlo y porque además, yo sabré el momento en que el hallazgo se produzca. Luego ya no habrá más advertencias. Será mi última palabra, coronel. O el dinero o la destrucción. ¡O el dinero o morirán doscientas mil personas! Y piense además, que cada vez estoy más cerca de usted. Cada vez más cerca...

Se oyó claramente el chasquido del auricular.

Wolsey estaba mitad amarillo y mitad blanco.

No tuvo apenas fuerzas para colgar el aparato.

—Es imposible... —balbució—. Imposible...

Donald se benefició también de la botella de *whisky*. O de lo que quedaba de ella.

—Coronel —musitó—, supongamos que hay una carga nuclear en esa astronave rodeada ahora por la policía. Supongamos que se la puede hacer estallar por radio, cosa muy sencilla. La zona en que la astronave se encuentra está habitada por unas doscientas mil personas. ¿No se las puede evacuar? ¿No se puede hacer algo por salvar sus vidas?

Wolsey negó con un movimiento de cabeza.

—La evacuación produciría un pánico indescriptible —dijo—. Y, por otra parte, la destrucción de tantos edificios, aunque no hubiera nadie dentro, y la contaminación de la zona, costarían al Gobierno mucho más de cinco millones de dólares. En ese caso es mejor dar el dinero. Mucho mejor.

—¿Pero... a quién?

—No lo sé. Ya nos lo indicará. Aunque..., en el supuesto de que no sea un hombre, no puede venir aquí...

Se llevó las manos a los ojos y de pronto su pensamiento

cambió. Pareció recordar otra cosa, algo que le había inquietado mucho más. La palidez de su rostro llegó a hacerse cerúlea.

—Puertas negras... —balbució—. ¿Cómo habrá adivinado mi pensamiento? Es cierto que las puertas negras me dan miedo. Pero aquí no hay ninguna, ninguna, ninguna...

Parecía repetir aquello como una obsesión. Luess, el astronauta, se puso en pie.

—Se equivoca, coronel.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Yo he estado muchas veces en Primera Base. Y aquí hay unas puertas negras.

—Tonterías. No las hay.

—El laboratorio fotográfico. Tapizaron las puertas de negro un día antes de marchar nosotros. Yo lo vi. Seguro. Es el laboratorio fotográfico.

Los labios de Wolsey temblaron.

—¿Qué... dice?

—¿Por qué no lo comprueba? Ahora que ha hablado de eso lo he recordado. Puertas negras... Desde dentro, las puertas del laboratorio lo son. ¿Por qué no lo comprueba?

Donald los miraba atónito a los dos.

Dijo suavemente:

—¿Por qué no lo comprueba, coronel?

—Está bien. Vamos allá.

Todos salieron de la habitación, dejando solo en ella un agente de seguridad. Caminaron hacia el piso inferior, donde estaba el laboratorio junto con otras de pendencias. La puerta estaba cerrada. Seguro que no se había abierto desde que tapizaron el interior. Wolsey abrió valiéndose de una llave que llevaba en un manajo.

En efecto, las puertas estaban por dentro tapizadas de negro.

Pero no fue eso lo que hizo lanzar a Wolsey un grito gutural, donde el asombro se mezclaba al horror.

Fue porque casi tropezó con los pies del hombre que colgaba ahorcado del techo.

CAPÍTULO XII

Donald Kelsen disco el número. No lo conocía de memoria y por eso había tenido que consultarlo en las complicadas guías de Nueva York. Era el teléfono de la sala de disecciones del Hospital Bellevue.

—Quisiera saber si está ahí la señorita Lorna Monsen —dijo.

Le indicaron que sí, que no se había movido en muchas horas, trabajando incansablemente.

—¿Puedo hablar con ella?

—Sí. Un momento, por favor. Justamente ahora viene hacia aquí.

La voz de Lorna llegó nítidamente hasta él al cabo de unos momentos.

—¿Qué pasa, Donald? ¿Estás en un apuro? ¿O quieres que te haga en vivo tu propia autopsia?

—No. Lo que quiero es que me hagas un favor. Un favor muy confidencial.

—Esa clase de favores confidenciales yo no los hago. Yo soy una chica honrada, Donald.

—Demonios, no me has entendido.

—¿Pues qué es?

—Necesito tus servicios profesionales. Quiero saber cuándo y en qué circunstancias mataron a un hombre.

—¿Y por qué no llamas al forense?

—Ya sé que tengo la obligación de hacerlo. Pero como agente del Gobierno puedo saltarme de momento algunos trámites. No quiero que se dé ahora estado oficial. Dime, ¿puedes venir?

—Por descontado que sí.

Donald le dio la dirección de Primera Base.

Lorna llegó con sus ojos quietos de siempre, con sus curvas de siempre, con su seducción de siempre. No se inmutó en absoluto al ver al ahorcado. ¿Por qué, si al fin y al cabo los muertos eran lo

más habitual en su vida?

—A este hombre lo ahorcaron ayer —dijo tras examinarlo unos momentos—. Primero le pasaron el lazo de seda por el cuello y luego lo suspendieron del techo, cuando ya estaba muerto. No hubo lucha, porque debía conocer a su asesino. O quizá éste le sorprendió por la espalda.

Wolsey, Donald y los astronautas escuchaban aquello con el más absoluto interés.

Estaban absortos.

La muchacha continuó:

—No hay ninguna señal especial. Salvo una cosa aquí... Algo realmente curioso.

—¿El qué?

—¿Cómo no os habéis fijado antes?

—No nos hemos fijado en nada especial, Lorna. Esperábamos tu llegada. ¿A qué te refieres?

—A este rasguño en la espalda del traje. Sin duda se lo causó el asesino al atacarle por detrás.

—Es posible, pero... ¿por qué te llama tanto la atención?

Lorna, que se hallaba a muy poca distancia del cadáver y podía ver aquello como nadie, susurró:

—Porque tiene seis trazos. Porque lo hizo una garra provista de seis uñas...

CAPÍTULO XIII

El silencio era pegajoso, era casi repulsivo. Se había hecho viscoso. El silencio les envolvía y les impedía respirar. Tenían la sensación de que en torno suyo todo daba vueltas.

Donald sirvió café y *whisky*.

La joven aceptó solamente una taza de café.

—¿Qué pasa? —preguntó después de beber un sorbo—. Esto es una especie de base secreta, ¿no? He visto muchos guardianes cerca de la puerta, aunque procuran disimular. Y había un aparato electrónico para identificación. ¿Qué lío es éste?

Efectivamente, se trata de una base de control para ensayos de vuelos espaciales —dijo Donald—. Nosotros lo llamamos Base Primera.

—¿Y el muerto? ¿Quién era?

—No lo conocemos —dijo Donald—. No trabajaba aquí.

—Se equivoca —murmuró Wolsey—. Perdone que le rectifique, pero es que usted estaba de vacaciones últimamente y no lo sabe. Hubo unas reparaciones en el laboratorio fotográfico y vino este técnico. Tuvo trabajo durante medio día. Todos creíamos que se había marchado.

—¿Cada cuándo se limpia el laboratorio?

—Cada dos días. Tocaba mañana —explicó Wolsey.

—¿Usted tiene las llaves?

—Sí. He de cuidar hasta de esos pequeños detalles, para tener controlado a todo el mundo en Primera Base.

—¿Cerró usted la puerta del laboratorio?

Era Lorna la que hablaba, denotando que sabía llevar una investigación. Sus preguntas eran tan incisivas como las que podía hacer un inspector de policía. Wolsey suspiró:

—Sí, claro que la cerré yo. Pero lo hice desde fuera y maquinalmente. A esa hora el laboratorio estaba vacío. Las puertas

encajadas. Quiero decir que estaba vacío porque no le correspondía trabajar a nadie. No podía ni remotamente imaginar que hubiese un cadáver dentro.

Y bebió un nuevo trago de *whisky*. Eso parecía ser lo único que le mantenía en pie. Daba la sensación de estar absoluta y totalmente desmoralizado.

—El caso es que *la voz* lo adivinó —dijo, como en una obsesión—. *La voz* nunca ha entrado aquí y, sin embargo, lo sabía todo. Tendremos que doblegarlos a sus exigencias. ¡Dios santo! ¡Tendremos que hacerlo!

Había apretado los puños y parecía al borde de una crisis de nervios. Donald Kelsen le palmeó la espalda, en vano esfuerzo para calmarle.

Y en ese momento sonó el teléfono otra vez.

Sonó como una estridencia, como algo que les hizo a todos saltar de sus asientos.

Wolsey lo descolgó. Donald había tomado el auricular de escucha. Los dos atendieron febrilmente.

La voz llegó con claridad hasta ellos. La voz que conocían ya tan bien. La voz que era para todos una pesadilla.

—Hola, coronel. ¿Satisfecho?

—¿Quién es usted? ¡Quiero saberlo! ¡No habrá trato si no me lo dice! ¿Quién es usted? ¿Quién es usted? ¿QUIEN ES USTED?

—No se excite tanto. No soy un hombre.

Wolsey balbució apenas:

—Pues... ¿pues para qué quiere el dinero?

—Ya se lo he dicho antes. ¡Qué curioso es usted, Wolsey! Lo quiero para ciertos amigos que tengo aquí. Supongo que se ha enterado de que en este sucio planeta no se hace nada sin dinero.

—Dígame dónde está.

—Muy cerca de aquí. Tanto, que puedo verle.

Wolsey casi dio un brinco.

—¿Puede verme?

—Sí, puedo hacerlo a pesar de las paredes. A pesar de que no hay ventanas. ¿Quiere que se lo demuestre?

Wolsey aulló:

—¡Fuera bravatas! ¡Váyase al infierno! ¡No le creo una palabra! ¡Al infierno! ¡AL INFIERNO!

El coronel estaba incluso ridículo, queriendo demostrar que el otro no lo veía. Y desde luego era cierto, porque la habitación tenía las cortinas corridas. Nadie podía verle.

La risita le hizo callar.

Era aquella risita lenta, siniestra.

—¿Quiere que se lo demuestre? —repitió—. ¿Por qué grita tanto? ¿Por qué no deja la botella de *whisky* que aún sostiene en la mano izquierda?

¡Era cierto!

—Y otro día cambie el color del pañuelo que lleva en el bolsillo de su americana, coronel. ¡Un pañuelo color rosa! ¿Cree que eso está de acuerdo con su profesión y con su cargo? ¡Y no se pellizque tanto la barbilla! ¡Por muy nervioso que esté, no va a conseguir nada con eso!

Wolsey dejó de pellizcarse la barbilla inmediatamente.

Sus facciones ya no tenían color. Sus facciones eran ahora transparentes, tan pálidas estaban.

La voz continuó:

—¿Se ha convencido ahora, coronel Wolsey?

Wolsey no supo contestar.

De un modo casi infantil hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si el otro pudiese verle.

Pero le veía...

—De acuerdo, coronel, ya veo que se pone en plan de buen muchacho. Usted dice que sí, que se ha convencido. Su gesto con la cabeza ha sido tremendamente elocuente. Como notará, le sigo viendo. Tal vez usted crea que hay un tomavistas oculto y que lo veo por medio de un circuito cerrado de televisión. No, no... ¡Qué tontería! ¿Quiere hacer otra prueba? Sin luz no hay televisión que valga. ¿Quiere apagar la luz?

Wolsey, más tembloroso cada vez, hizo una señal a Donald, que apagó las luces por medio del conmutador general, el cual tenía junto a su supletorio desde el cual escuchaba. La oscuridad se hizo completa. Puso de nuevo el supletorio en su oído y siguió escuchando.

—Le sigo viendo —dijo la voz—. Aquí tiene la prueba: ahora ha dejado la botella de *whisky*, pero apoya en el tapón el índice de la mano izquierda.

Donald encendió instantáneamente la luz.

La curiosidad había podido más que él. Y vio que, efectivamente, el coronel tenía sobre el tapón de la botella el dedo índice de la mano izquierda. Ahora sí que Donald Kelsen se sintió derrotado.

Ahora sí que se dio cuenta de que estaba en presencia de algo sobrenatural.

Hizo un gesto afirmativo a Wolsey.

Ya no había más remedio. Tenían que ceder. Estaban hundidos. No se enfrentaban a un ser de este mundo, sino a alguien con poderes alucinantes, llegado de otro planeta.

La voz seguía hablando con la misma tranquilidad, con la misma parsimonia de siempre.

Segura de su triunfo. Segura de poder imponer su ley.

—Óigame bien, Wolsey Le he dicho que estoy muy cerca y que puedo verle. Me sería fácil matarle aquí mismo, como me será fácil hacer estallar la carga nuclear que he puesto en la astronave caída. No, no tema... No es una carga atómica ultraterrena, sino muy parecida a la que usan en este país; no obstante, bastará y sobrá para exterminar a un mínimo de doscientas mil personas como las que viven en las cercanías. Podría hacer todo esto, pero no lo haré, ya que usted ha accedido a mostrarse razonable. ¿Tiene a su alcance los cinco millones?

—Están en la caja fuerte —dijo el coronel con un soplo de voz.

—¿La combinación y las llaves?

—Lo tengo yo todo.

—Muy bien. Abra.

Wolsey obedeció, maquinalmente, como un sonámbulo.

Dejó el teléfono sobre la mesa.

Movió un resorte y se desplazó otro panel de pared. Tras él apareció una pequeña caja de caudales, empotrada en el muro, la cual abrió el coronel por medio de la combinación y de otra llave del manajo que llevaba siempre consigo. Dentro había planos, fórmulas y otros documentos de interés científico que dejó a un lado. Pero había también un maletín repleto de billetes, que fue el que se llevó con la mano derecha.

Lo puso sobre la mesa y recuperó de nuevo el auricular.

—Aquí está el dinero —dijo—. Cinco millones.

—Abra el maletín.

—Es que...

—¿Ya no recuerda que puedo verle? Ábralo...

Wolsey obedeció.

Abrió el maletín, y a la luz aparecieron entonces los fajos de apretados billetes.

—De acuerdo. Cíérrelo.

El coronel parecía no saber ya dónde poner las manos.

Donald Kelsen estaba materialmente petrificado. Ya no sabía dónde mirar. Le parecía que en la habitación había un inmenso, un monstruoso ojo, que lo observaba todo.

—Ahora le diré lo que debe hacer —susurró *la voz*— Todos ustedes se marcharán de aquí. Se marcharán por separado con sus coches y dejarán la casa sola. Absolutamente sola, ¿entiende? Irán saliendo uno a uno, de forma que yo pueda contarlos. Usted el último, coronel, Dejará el maletín aquí. Y se olvidará de él, ¿comprende? Se olvidará de él para siempre...

El coronel balbució:

—¿Qué trata de hacer? ¿Quiere que así no podamos seguir su pista cuando se lo lleve?

—Exacto, Wolsey. No quiero sorpresas estúpidas que redundarían en perjuicio de ustedes, porque con un solo gesto puedo provocar una catástrofe. Nada de focos, de vigilancia, de cámaras fotográficas ni cámaras de televisión. Nada de nada, ¿ha entendido? Quiero la casa solitaria. De modo que empiecen por largarse... Dentro de diez minutos tienen que estar fuera. Empiezo a contar...

Y se oyó el chasquido del auricular.

Wolsey miró interrogativamente a Donald.

Parecía buscar consejo en él.

Pero Donald no podía decir otra cosa. Balbució con un soplo de voz:

—Obedezca, Wolsey.

Wolsey colgó también. Dejó el maletín en sitio bien visible e indicó a todos los guardianes que se fueran retirando. Tenían que irse los de escucha, los de detección, los de vigilancia. Absolutamente todos. No debía quedar nadie en los alrededores de la casa Nadie ni nada. Ni un coche. Ni una luz. Nada.

Sus órdenes fueron rigurosamente cumplidas.

No en vano Wolsey era en aquel momento la máxima autoridad allí.

Pronto en la casa no quedaron más que los tres astronautas, Lorna, Donald Kelsen y él.

Wolsey farfulló:

—Y ahora nosotros. A mí me corresponde salir el último. Los astronautas que se vayan marchando uno a uno con intervalos de tres minutos. A partir de este momento quedan absolutamente libres de ir adonde les plazca, siempre que no se muevan de Nueva York. Lorna y usted, Kelsen, saldrán a continuación.

Los tres astronautas se pusieron en pie.

Acostumbrados a obrar como un solo hombre, también ahora dio la sensación de que tenían un solo cuerpo.

Wolsey musitó:

—Salgan. Salgan uno a uno. Primero usted, Luess.

Mientras les veía salir, Donald Kelsen se derrumbó sobre una de las butacas. Sus ojos parecían haber empequeñecido. Sus labios estaban apretados. Tenía una expresión extraña, una expresión de hombre que concentra desesperadamente sus pensamientos y sin embargo no llega a ninguna parte.

Lorna se había sentado junto a él.

Con voz apenas audible murmuró:

—Tenía que decirte algo, Donald. Algo que tú ignoras aún, pese a que ya lo sabe todo Nueva York, porque lo han retransmitido las estaciones de televisión. Pero tú estabas aislado; tú estabas solo pendiente de esa maldita voz y por eso lo ignoras.

—¿De qué se trata, Lorna?

—Han atrapado a Sheila y a sus compinches. Por lo visto, la policía actuó rápidamente, después de la muerte de tu prometida y tenía ya alguna pista. Sheila ha confesado su delito. Por ese lado no debes preocuparte ya más.

En otro momento esa noticia hubiera impresionado a Donald. Le hubiera hecho sentir un mar de emociones, mientras que ahora, cosa extraña, no le hacía sentir nada. Era como si él hubiese muerto también. Era como si nada tuviera importancia, ante la pesadilla en que se hallaba sumergido.

Lorna le miraba fijamente al fondo de los ojos.

Parecía adivinarle.

Y por eso susurró:

—Ya sé que eso es inútil decirlo, Donald, pero me gustaría acompañarte en tu dolor.

—¿Qué dolor?

—Veo que encima eres orgulloso, Donald.

—Ya no sé ni lo que soy.

—Tendremos que salir separados. ¿Adónde vas a ir cuando marches de esta casa?

—No lo sé. Pero, por supuesto, me quedaré en Nueva York. Es lo único que puedo decirte ahora.

—¿Quieres que nos encontremos luego en alguna parte?

—No, Lorna No te acerques a mí.

—¿Por qué?

—Tal vez algún día lo comprendas. Pero por el momento no puedo decirte más. Sólo esto: no te acerques a mí.

Era evidente que ella no le entendía.

Con los ojos entrecerrados balbució:

—Donald, no sé lo que piensas. No sé lo que para ti significa esto.

—Es igual, no sufras. Adiós, Lorna.

Era el momento de separarse.

Los tres astronautas habían salido ya.

Sólo quedaban Wolsey y ellos, y Wolsey debía salir el último como responsable máximo de aquel departamento.

Miró a Lorna.

—¿Usted?

Lorna se puso en pie.

—Sí, coronel.

—Cuando esto termine, deberé hacer una declaración judicial y además me veré obligado también a contestar a las preguntas de los periodistas. Diré únicamente lo que ha sucedido. No añadiré ni quitaré una sílaba. Le ruego que ustedes hagan lo mismo. Digan exclusivamente la verdad, por muy increíble que esa verdad resulte.

Lorna afirmó con la cabeza.

—Sí, coronel.

—¿Y usted, Donald?

—Yo también diré la verdad —susurró Kelsen.

Le pareció despedirse de algo muy entrañable. De algo que ya no volvería a ver más.

El sabía por qué.

—Adiós, Lorna.

—Adiós, Donald.

Ella cerró la puerta.

La soledad impenetrable. El silencio interior. Una oscura semilla de muerte.

Eso fue lo que sintió Donald Kelsen al quedar a solas.

Wolsey miraba su reloj.

Lo miraba fijamente.

Dejó transcurrir dos minutos.

—Ahora usted, Donald.

Donald salió.

Ya era de noche.

No sabía cómo había transcurrido el tiempo.

La noche...

Anduvo hacia ella como un muerto andaría hacia su destino, como un muerto andaría hacia el reino eterno de las sombras.

CAPÍTULO XIV

Wolsey salió también.

Ya sólo quedaba su coche. Hasta las luces habían sido apagadas. El coronel se introdujo en el vehículo y se dispuso a arrancar.

Lanzó un suspiro.

¿Cansancio? ¿Alivio?

En todo caso, sólo había una verdad:

Misión terminada.

Wolsey empezó a creer lo contrario cuando oyó aquella voz surgiendo de la oscuridad, surgiendo de la parte posterior del coche:

—¿Ya lo cuida bien, Wolsey? ¿Ya ha guardado bien el maletín, para que no se le caiga ningún billete de esos cinco millones de dólares?

CAPÍTULO XV

Wolsey no se atrevió ni a volverse.

Conocía muy bien aquella voz. Y en cierto modo la esperaba. No sabía por qué, pero la esperaba. Era la de Donald Kelsen.

Éste le había aguardado oculto en la parte posterior del coche.

Wolsey se estremeció.

—¿Qué le pasa, Kelsen? ¿Se ha vuelto loco? ¿No ha oído mis órdenes? ¿No sabe que puede ocurrir una catástrofe si no se larga de aquí?

—Me largaré cuando haya aclarado algunas cosas, coronel. Por ejemplo, de dónde salió *la voz*.

—¿Y lo pregunta? ¿No la oyó usted tan bien como yo? ¿Qué crees que sé?

—Sabe de dónde surgió, Wolsey. Sabe que la voz procedía de un magnetófono. Era la del hombre que encontramos muerto en el laboratorio, es decir, de su cómplice. Una vez realizado el trabajo, usted ya no lo necesitaba. Le convenía que esa voz no volviera a sonar jamás. Por eso le mató.

Wolsey emitió una risita nerviosa.

Una risita incrédula.

—¿Pero qué dice? ¿Cómo justifica ese absurdo? ¿Por dónde pude introducir el magnetófono junto a los teléfonos desde los cuales nos hablaron?

—No es tan difícil. Me di cuenta de que sólo había un sistema y entonces empecé a sospechar de usted, coronel. Un magnetófono con sólo unos metros de cinta puede ser pequeñísimo. En cualquiera de los dos casos, el teléfono estaba junto a huecos por los que podía pasar un aparato muy pequeño... y un gancho. El gancho servía para entrar el aparato, descolgar el auricular y discar el número. Como siempre descolgaba usted mismo y como todo estaba ensayado y cronometrado, podía amoldar su diálogo a la voz de la

cinta, cuyas palabras conocía perfectamente una a una. Tampoco era difícil. Se trataba sólo de serenidad y horas de ensayo, y las dos cosas le sobraron, coronel. Hasta lo del reloj del campanario fue preparado un día antes, cuando sonaban las seis. Con eso quiso dar un golpe de efecto que, de verdad, nos dejó anonadados a todos de momento. Igual que en los gestos que *la voz* «veía». Como usted sabía lo que el otro iba a «adivinar», lo hacía antes. Confieso que me impresionó. Pero fui atando cabos hasta convencerme de una serie de cosas: de que usted había planeado el mal rumbo de la astronave; de que usted mató o hizo matar a la pobre esposa de Linklater, para hacemos creer en la existencia de un ser ultraterreno. También la película captada en la astronave fue preparada, de acuerdo con alguno de los hombres que iban en el interior. ¿Quién? Supongo que no fue Linklater, porque él no hubiera consentido nunca el asesinato de su esposa. ¿Pero quién?

Wolsey no respondió.

Ahora sí que estaba lívido.

Ahora sí que sus manos temblaban.

—¿Quién? —preguntó de nuevo Donald—. ¿Quién...?

Pero no hubo de esperar la respuesta.

Porque en aquel momento la puerta se abrió bruscamente y una pistola provista de silenciador encañonó la sien de Donald.

—¿Preguntaba por mí? —murmuró con voz helada y metálica el astronauta Luess.

Donald Kelsen comprendió que había dado un paso en falso, un terrible paso en falso. La verdad fue que debió prever aquello. Había sido su único fallo. Si Wolsey tenía un cómplice, era natural que ése cómplice se encontrara allí, que el otro esperara para huir juntos con un botín que se repartirían entre los dos, y que ya nadie reclamaría. Un botín de cinco millones de dólares...

Wolsey masculló:

—¡Dispara! ¡No lo sabe nadie más que él! ¡Dispara! ¡Dispara, maldito!

Luess no vaciló.

Apretó el gatillo. Pero cuando lo hizo ya Donald se había pegado desesperadamente al otro lado del coche. La bala hizo estallar el cristal de la ventanilla opuesta.

Luess levantaba la pistola de nuevo cuando salió despedido hacia atrás. Un golpe propinado por las dos piernas de Donald le hizo rechinar de dolor. Pero se incorporó nuevamente, y de rodillas en el suelo fue a disparar de nuevo contra una presa a la que veía ya muy bien, una presa que no podía escapársele.

El impacto le hizo vacilar. No se dio cuenta hasta unos segundos más tarde de que lo que se le había clavado en el cuello era un bisturí, uno de esos grandes bisturíes con los que se hace la autopsia a los muertos. Gimió desesperadamente, tratando de volverse. Pero ya en ese momento se lanzaba Wolsey llevando en la derecha una garra de seis uñas, una garra con la que había pretendido dar la sensación de algo irreal, de algo de ultratumba.

Lanzó un chillido.

No llegó a clavar la zarpa.

Donald Kelsen había desclavado el bisturí del cuello de Luess, hundiéndolo en el corazón de Wolsey. Éste gorgoteó algo ininteligible mientras caía hacia atrás. Boqueó moribundo, con la garra puesta...

Mientras tanto, Luess había soltado la pistola.

Sus ojos estaban desencajados.

Trataba de ponerse en pie.

Donald lo derribó le un terrible golpe de kárate.

—No conviene que muera —dijo—. Es nuestro testigo. Luego ya pagará lo que ha hecho... ¿Pero por qué estabas aquí, Lorna? ¿No te pedí que te alejases?

—Fue eso lo que me hizo quedarme entre las sombras —dijo la muchacha—. Sabía que iba a ocurrir algo peligroso. Además, las mujeres siempre llevamos la contraria.

Donald bisbiseó:

—Bueno, creo que te debo la vida. No sé qué hubiera sido de mí si tú no llegas a intervenir. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Ella dijo con una voz suave, silbante, como una auténtica mujer que sabe lo que quiere. ¡Y que lo quiere enseguida!

—Para agradecérmelo te casarás conmigo, Donald Elije: o eso, o te hago la autopsia...

Donald Kelsen levantó un poco las manos, sonriendo, mientras decía con cara de asustado:

—Me rindo...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

